EL ESPECTADOR

POR

JUAN MONTALVO

TOMO PRIMERO.—1º DE JUNIO DE 1886.



(Edición privada de 100 ejemplares)

QUITO.—ECUADOR

Imprenta de la Juventud

1900

Establecimiento tipográfico de La Juventud, calle Rocafuerte N. E. N.° 3. Quito.—1900.

¿QUIÉN VA?

Addison publicaba en Londres una hojita diaria sin enlace de ningún género. Idea que le ocurría la ponía por escrito; y así hoy era un asunto filosófico, mañana un tratado de política; al día siguiente una anécdota de costumbres; de tal suerte que los sucesos de la vida, sin método ni consecuencia, iban en caprichosa alternación entre la historia, las nociones científicas, las buenas letras, los viajes, y todo lo que forma el globo de nuestros conocimientos en ese desorden armonioso que constituye el paso del mundo. Ese periódico de hoja diminuta vino al fin á componer un libro de muchos tomos, que fué desde entonces una de las obras maestras de la literatura, y lo será mientras se lea inglés en las naciones. Las obras largas que versan sobre una materia ó sobre materias análogas son adecuadas para los hombres de estudio que buscan la profundidad de la sabiduría; un libro en el cual toda clase de lectores halle alimento, puede llegar á ser libro de todos, como sucede con los Ensayos de Montaigne, como sucede con El Especta-

dor de Addison. Después de una disquisición filosófica ó moral un cuento de las Mil y una Noches; después de un pasaje de alta historia una averiguación sobre si hay ó no realmente brujas; todo con ánimo de enseñar, y deleitando al paso que enseñan, esos autores han venido á ser uno de los más célebres y populares. En los Ensayos de Montaigne nada hay seguido; ésa es cadena de oro sin eslabones, cadena larga y resonante, de la cual están sacando joyas los beneficiadores del espíritu, sin que se gaste jamás: la filosofía, la moral, la historia, no se gastan; y la belleza es longeva que se burla de los siglos. Egotista desaforado, ese gascón sin escrúpulos pasa con admirable desparpajo de la historia romana á sus enfermedades personales, de la cumbre del Parnaso á las ocurrencias de su casa. La esencia de esos libros es, no solamente sana, sino también saludable; quiero decir que no solamente no perjudica, sino también aprovecha.

Ahora siendo su forma así tan acomodadiza, tan manual, tan insinuante, la popularidad y la fama de ellas eran cosa contra la cual nada podían la envidia ni la censura. Addison y Montaigne cumplen con el precepto de enseñar deleitando, porque siempre deleitan y nunca dejan de enseñar. Si en vez de estos papelones de hoy que se llaman periódicos; estas sábanas de Gargantúa llenas de manchas y costuras mal hechas, tuviésemos una hojita diaria de Addison ó un ensayo de Miguel de Montaigne, menos cabezas se rompieran y menos honras se empañaran. El periódico, al paso que va, no tardará en violar el *sancta sanctorum* de las costumbres, del hogar doméstico. Qué digo no tardará? Ya lo ha violado, ya lo ha inva-

dido. Para el periodista no hay cosa sagrada, para *el repórter* no hay llave santa: el tabernáculo, la alcova, el lecho están dentro de los términos de su jurisdicción; y nadie puede nacer, casarse ni morir, sin que su vida sea descompuesta y analizada, sin que sus virtudes y sus vicios, sus triunfos y sus desgracias, sus risas y sus lágrimas sean sacudidas de la ventana á calle, con esta desenvoltura que viene á ser gran desvergüenza. Si las ventajas que proporciona el periódico son mayores que los daños que causa, yo no sé; pero sí sé que el periódico, tal como lo usan los filántropos, los sabios, los patriotas, los amigos de la libertad, los hombres justos, es uno de los descubrimientos más útiles de estos siglos y una de las victorias de la inteligencia.

Mi Espectador no será como el de Addison; ¡cuándo! Por el desempeño, no me podré hombrear con él; las intenciones, serán buenas; y, sino enseño deleitando, procuraré no perjudicar fastidiando. Aunque es verdad que nadie puede perjudicar y fastidiar á un mismo tiempo, porque el escritor fastidioso allí se queda; ni hay lectores tan bestias que echen su tiempo á la calle, obstinándose en lo que les incomoda. Los míos, si el cielo me los depara, lo verán por sus ojos, lo oirán por sus oídos. Prólogo? Abrenuncio: horror tengo á los prólogos. Así es que éste ha de pasar, no como prefacio, introito, advertencia ni otra cosa, sino buenamente como el primer artículo de "El Espectador".

PRO PATRIA

El señor de Cassagnac, en su justo horror por los acontecimientos de Decazeville, ha dicho á voz en grito: "¿En qué época y en qué " comarca salvaje ocurre este drama espantoso? " ¿Será por ventura en tiempo de revolución, " en medio de nuestras discordias civiles? ¿O " más bien no podemos decir que es uno de esos " atentados lejanos, de los que se cometen allá " en las fronteras americanas, cuyos habitan- " tes, convertidos en gente primitiva, desemba- " razados de toda civilización, privados de toda " ley tutelar, se hallan en el caso de ser jueces " y verdugos á un mismo tiempo, y cuelgan so- " bre la marcha al que declaran culpado en las " ramas del árbol debajo del cual le han inte- " rrogado á las volandas?"

¿En qué país y en qué tiempo nos hallamos? he de preguntar á mi vez. ¿Será por ventura en medio del pueblo francés, el más culto, el más generoso de Europa, donde vemos caer de lo alto de la imprenta las palabras que arrancarían un rugido de cólera de todo pecho americano, si el ultraje no quedara destruído por sus mismas proporciones desmesuradas? El señor de Cassagnac no ha puesto á los norte-americanos fuera de su proposición; pero está saltando á la vista que su ánimo es aludir á los americanos españoles. No por esto su error es menos deplorable, pues habla de cuarenta millones de hombres constituídos en naciones re-

gulares, como si se tratara de un puñado de negros del Africa central. En las quince Repúblicas que han formado los latino-americanos hay unidad de lengua, unidad de legislación, unidad de carácter, todas las unidades que componen la civilización de una raza. ¿El hacer justicia debajo de los árboles sería prueba de barbarie, si fuese verdad que así juzgamos nosotros? Un gran rey, santo rey, san Luis, tenía su silla de juez en el bosque de Vincennes: si mandaba colgar en las ramas de los árboles á los francos, no pudiera yo afirmarlo; pero sí hago saber al señor de Cassagnac que la pena de muerte está abolida en casi todas las naciones del nuevo mundo, y que la horca, recreo predilecto del más cristiano y más grande de los reyes de Francia, no consta en nuestras leyes. "Ha habido ahorcaderas estos días", escribía alegremente madama de Sévigné á la condesa de Grignán. El solo caso, caso único quizá de este horrible suplicio en los pueblos americanos desde su independencia, es el que acaba de ocurrir en una de las más ilustradas y más liberales de esas Repúblicas. Pero una vez no es costumbre; *une fois n'est pas coutume.* A crímenes excepcionales castigos excepcionales, han dicho tal vez los que no han temido mandar esa ejecución; pero se han visto conturbados y afligidos verdaderamente los que piensan que la santidad de la doctrina filosófica debe mantenerse siempre sobre la cólera de los ofendidos, y la eternidad del derecho sobre las locuras de las revoluciones. Hijos civilizados de la Unión Americana, ciudadanos de la libre Francia tienen su parte en esta causa célebre que está sirviendo de pretexto en Europa á ciertos publicistas para decir que hemos

vuelto á la barbarie. Norte-americanos y franceses han servido de testigos; norte-americanos y franceses han aplaudido la sentencia del jurado.

Lo que hay de grave en las revelaciones del señor de Cassagnac es que él hace consistir la barbarie de los hispano-americanos en *la ausencia de toda ley tutelar, de toda señal de civilización.* Las Repúblicas americanas han adoptado los principios de la revolución francesa, la Revolución de 89 que el barón de Platel no deja de atribuír al partido conservador, como un timbre de ese partido. Los derechos del hombre, no chorreando la sangre de 93 pero sin mancha, tales cuales salieron de la gran revolución moral, están consignados en nuestros códigos y reinan en nuestras costumbres. El Código Napoleón, con las modificaciones requeridas por la naturaleza del país y el carácter de cada pueblo ha sido admitido en casi todas las Repúblicas americanas. Los publicistas más célebres en las grandes naciones dan la ley en nuestras universidades, y es punto de honra en nosotros el coger al vuelo los progresos que hace Europa, Francia principalmente, en las ideas políticas, morales y sociales. Y esta Francia tan admirada, tan querida, tan seguida en todo por los americanos; esta Francia tan dura, tan agria, tan injuriosa para con los que la admiran, la aman y la siguen; esta Francia, nuestra eterna proveedora de leyes, literatura y usos; esta Francia en que estamos soñando desde que abrimos los ojos á la luz; esta Francia cuyos colegios están llenos de nuestros hijos; esta Francia es, no solamente nuestro juez injusto é implacable, sino también nuestra madrastra desapiadada.

Todo es francés en la América española: si nosotros somos bárbaros, vosotros lo sois, señores franceses; si nos colgamos unos á otros en las ramas de los árboles, será porque nos lo habéis enseñado; si nos hemos vuelto gente primitiva, será porque vosotros mismos vais corriendo hacia atrás. ",Bajamos, bajamos horriblemente, acaba de decir el cronista del palacio Borbón; podemos señalar desde ahora el instante en que la discusión será pura charla de taberna".

Nobles franceses, volveos *primitivos*, como decís; gente acabada de salir del mono; ahorcaos en las ramas de los árboles, antes que convertiros en parroquianos de taberna. Cómo! el parlamento francés una taberna? la prensa francesa una tabernera? Por Dios, señores oradores, señores escritores, conservad, cultivad vuestro carácter de franceses perfectos, y tened en cuidado no triunfe el cronista del cuerpo legislativo. La tribuna ennoblecida, sublimada por los Beryer, los Thiers, los Guizot, no será jamás una taberna; la prensa de Carrel, Cormenin, Girardin no será jamás una tabernera. Si es verdad que bajáis, bajáis por un instante; pero estáis lejos de caer. Para honra, para gloria, para orgullo del mundo, es preciso que Francia viva y levante la cabeza.

La barbarie no puede engañar con las manifestaciones visibles de la civilización: los grandes ríos de la América del sur están surcados por buques de vapor: el Danubio no tiene más movimiento que el Plata; el Rin no es más poblado de vapores ni más ruidoso que el Magdalena. Los marinos ingleses pueden deciros si cuando entran con sus grandes navíos en el Guayas van á comprar negros, si no en-

cuentran allí sino Macokos á quienes deslumbrar y seducir con chilindrinas ridículas. No; el pabellón de la gran Bretaña saluda cortesmente á una nación amiga, y los fuertes de una gran ciudad hacen los honores á la reina de los mares.

Casi todas las capitales de esas Repúblicas están unidas á sus puertos en los dos océanos por ferrocarriles de primera clase; y los hay que suben la cordillera, después de recorrer distancias prodigiosas. El de la Oroya, en el Perú, es una de las maravillas del arte, que llena de admiración á los viajeros europeos; obra romana grande y soberbia. Montañas, torrentes, abismos, todo ha sido superado, y los Andes han visto al hombre pasar sobre sus hombros desafiando sus simas temerosas y sus quiebras aterrantes, sentado muellemente sobre cojines de terciopelo.

Colombia, aun en medio de la guerra, lleva adelante sus ferrocarriles inmensos. Bogotá, su capital, se verá no muy tarde á un paso del Atlántico, á pesar de su elevación sobre el nivel del mar y á despecho de los obstáculos de la naturaleza. El Chimborazo, el Chimborazo mismo, no está lejos del día en que la locomotora le eche á la frente sus tibias bocanadas, y pase sobre sus alturas mirando cara á cara sus nieves eternas. La República del Ecuador, con su ferrocarril al través de los Andes hasta Quito, la ciudad más elevada del mundo, ofrecerá uno de los ejemplos más sorprendentes de lo que pueden los arbitrios del arte y la perseverancia del hombre.

La capital de Venezuela está á su vez unida al mar por medio de un magnífico ferrocarril; la de Chile, á más de uno de sus puertos. La

vía férrea de Valparaíso á Santiago no ha sido hecha para bárbaros por manos de bárbaros; al contrario, ciudades son esas que harían buena figura en Francia, y nada tienen que envidiar á Europa ni por la belleza, ni por la riqueza.

El telégrafo es tan común á la hora de hoy en los países americanos, que casi no hay provincia que no se halle en correspondencia con su metrópoli por hilos de grandísima extensión. Muchas ciudades son alumbradas por la luz eléctrica; y Edison, con su lámpara, ha hallado más lugar en las comarcas salvajes del señor de Cassagnac que en la nación más cuidadosa y cumplida de la tierra.

Si el dicho señor de Cassagnac entiende por *fronteras americanas* las costas, las ciudades marítimas, su error es doble ó yerra dos veces; pues sucede precisamente que son ellas que se hallan más al corriente de la civilización europea y de los descubrimientos de los yankees. *La Mala Real*, la compañía Trasatlántica, la línea *Cosmos*, los mil buques de vapor y la marina de vela del mundo entero no permitirían que sus habitantes recayesen en la barbarie, si es que han sido bárbaros en algún tiempo. Cuando los españoles descubrieron la América y la poblaron con su raza, España era uno de los pueblos más civilizados de Europa; no hemos tenido, pues, nosotros, cuándo ser *entes primitivos*. Si algunos periodistas poco instruídos en la historia universal piensan que somos salvajes, porque hemos *vuelto* á ser lo que fueron los indios, sepan que los aztecas y los incas no eran ya monos cuando fueron conquistados por los españoles. ¿De qué modo hemos recaído en la barbarie? Ciertas tribus irreducibles perdidas en las selvas del Amazo-

nas tienen tanto que ver con nosotros como con los franceses; y no alcanzamos cómo la Gran Bretaña Alemania y Francia sobre todo, la celosa Francia, sufren esos procedimientos de la Edad Media que don Pablo de Cassagnac ha denunciado á las naciones del antiguo continente. Todas éstas reciben á los representantes de las Repúblicas americanas; todas tienen allá diplomáticos encargados de cultivar las relaciones indispensables entre los pueblos de la tierra: de admirar es que estos agentes públicos guarden silencio respecto de las tropelías inhumanas y las infracciones criminales que están presenciando en esas *comarcas salvajes*.

Los viajeros sinceros, hombres de bien; los grandes viajeros, filósofos, observadores, sabios, no dejan traslucir en sus obras el horror del hombre civilizado por los jimios feroces de *las fronteras americanas*. ¿Qué diría Humboldt si oyese á *ese escritor francés?* ¿qué diría ese escritor francés si oyese á Humboldt?

"Estos progresos de la cultura intelectual "son patentes en Méjico, la Havana, Lima, "Santa Fe, Quito, Popayán y Caracas. Va- "rias de estas grandes ciudades, se parecen "mucho á las de Europa, ya por los usos y "costumbres, ya por los refinamientos del tra- "to social y la cultura.... El estudio de las "matemáticas, la química, la mineralogía y la "botánica está más generalizado en Méjico, "Santa Fe y Lima. Por todas partes, hoy en "el día, se observa gran movimiento intelec- "tual, una falange de jóvenes favorecidos por "la naturaleza con rara facilidad para posesio- "narse de los principios de la ciencia. Se di- "ce que esta facilidad es más notable entre los "hijos de Quito y de Lima que en Méjico y

"Santa Fe. Parece evidente que los primeros "gozan de mayor movilidad de espíritu, de "imaginación más viva: al paso que los meji-"canos y los santa-ferreños tienen fama de ser "más perseverantes en los estudios á los cua-"les se han dedicado desde luego (1)."

Si el señor de Cassagnac no tiene á bien dar asenso al testimonio de un alemán, le suplico no olvide que el emperador de los franceses, por decreto imperial, mandó colocar el busto de Alejandro de Humboldt en las galerías del alcázar de Versalles entre los de los grandes hombres benefactores del género humano; y que el dicho grande hombre no depone contra el pueblo francés cuando da esos informes respecto de los hispano-americanos. Si en todo caso Humboldt no es idóneo en París, hagamos de modo que nos apoyemos en la autoridad de algún gran compatriota del señor don Pablo, y oigamos á La Condamine:

"No insisto sobre este hecho sino para ha-"cer notar que nada está más lejos de él que "el modo de proceder de la gente de conside-"ración con la cual hemos tocado en Améri-"ca-Española. En Cuenca mismo, donde te-"níamos pocos amigos, ocupé repetidas veces "en 1739 y 1743 una casa entera cuyo dueño, "persona que me había conocido apenas, me "había ofrecido, sin que me hubiese sido posi-"ble por ningún caso hacerle aceptar pensión "conductiva chica ni grande. Preciso es con-"fesar que la virtud de la hospitalidad, ahora "casi proscrita de Europa, parece haberse re-"fugiado en el nuevo mundo (2)."

[1] Humboldt, *Essai politique.*

[2] La Condamine, *Voyage á l'Ecuateur.*

Ved aquí los bárbaros feroces del señor de Cassagnac haciendo un brillante papel, cuándo por las facultades intelectuales y morales, cuándo por las virtudes, proscritas ¡ay! de la Europa civilizada. Si hay quien se empeñe en sostener que la raza hispano-americana ha caído en la barbarie, á causa de la forma de gobierno que ha adoptado después de su emancipación, habrá de probar que todos los hechos de que hablo en este escrito son inexactos. Si esos ferrocarriles, esos telégrafos, esos teléfonos son verdaderos; si esos colegios, esas universidades, esas fundaciones de caridad existen; si leemos, si estudiamos, si escribimos nuestra lengua y las agenas, no hemos caído en la barbarie, no nos hemos vuelto *seres primitivos*, no estamos privados de toda ley tutelar, no hemos sacudido el yugo saludable de la civilización.

Siempre me ha parecido que era cosa más obligatoria para una nación como Francia conocer los otros países y pueblos, que para nosotros el hacernos conocer. *El cerebro del mundo* debe estar abierto de par en par, de modo que en él hallen cabida todos los conocimientos, de modo que le bañen y alumbren todas las luces; así como *el corazón del mundo* debe tener una fibra para cada familia del género humano. *Cerebro del mundo* sin luz universal, *corazón del mundo* sin amor universal, no deben de ser, me parece, muy elásticos ni generosos. Un gran pueblo, pueblo sabio, comerciante, artista, guerrero, marino, es pueblo cosmopolita; ve todo, sabe todo. Francia será artista, guerrera, sabia, navegante, cuanto se le antoje; mientras no sea prudente, cuerda, no justificará el nombre de señora del mundo que se está dando ella misma á la faz de las

naciones. Las luces de la razón y la civilización no están circunscritas á Francia; el honor y la consideración de los pueblos no deben estar á merced de la prensa de París. Si queréis juzgar al mundo, franceses, conocedlo desde luego; si queréis gobernarlo, haceos amar de él ¿Acaso con errores monstruosos pondréis de manifiesto la verdad? ¿Acaso con injurias inauditas nos volveréis mejores de lo que somos?

Enviad, pues, enviad un Savorgnan de Brazza á la América Española: vuestros triunfos en el Congo son dudosos; al paso que cuarenta millones de blancos podrían serviros para muchas cosas. Por desgracia nosotros estamos ya vestidos, ¡y heos allí robados! Vuestros misioneros, sin embargo, podrían llevarnos la ventaja de impedir que nos colguemos unos á otros en las ramas de los árboles, al tiempo que nos enseñaban los modales del pueblo francés. Pero bajáis, señores, bajáis vosotros mismos; y según la opinión de *Pas-Perdus*, podemos desde ahora ver el día en que vuestras discusiones serán simple bulla de taberna. Por dicha, vosotros sois como el rayo; podéis caer, pero os levantáis y rugís en la bóveda celeste. Lo que Beranger ha dicho de un héroe, yo lo quiero aplicar al pueblo francés:

Il peut tomber, mais c'est comme la foudre
Qui se reléve et gronde au haut des airs.

Caed, mas no caigáis sobre los pequeños; levantaos, y levantaos sobre los grandes. . . .

EL POLEMISTA

Luis Veuillot ha matado mucha gente, se ha comido hombres. *Ce grand mangeur d'hommes*, le llaman los franceses. Se ha comido liberales, se ha comido republicanos, se ha comido impíos, se ha comido tribunos, se ha comido ministros, se ha comido escritores! Ese boa eclesiástico no hace sino un bocado de un enemigo de la Iglesia, se lo traga entero, y se tiende á digerirlo á la sombra del Vaticano. Ya echó su siesta, ya se mueve, ya tiene hambre el monstruo! Renan, dónde te metes? Proudhon, cómo te salvas? El boa llega arrastrándose en curvas grandiosas, acomete, da colazos que resuenan en los montes, levanta la cabeza, silva en el aire. . . . ¡Gran Dios! se enrosca en el cuerpo del enemigo, aprieta sus anillos, lo mata, se lo traga de una pieza.

Después de José de Maistre el liberalismo con su libertad de pensamiento, su libertad de conciencia, su separación de la Iglesia y del Estado, su abolición de la pena de muerte, su matrimonio civil, no ha tenido adversario más resuelto ni más poderoso que Luis Veuillot. El odio por una parte, el fanatismo por otra le conciliaban fuerza incontrastable. Si el siglo décimonono pudiera ser detenido en su carrera, al dar en Luis Veuillot se hubiera hecho pedazos. Este monigote sublime ha sido el Sansón del catolicismo; y tan fuerte y desaforado en sus

arranques de progreso clerical que el papa ha tenido muchas veces que salirle al encuentro con la tiara en la cabeza y el cayado en la mano á decirle: Hijo no pases adelante. De este modo los espartiatas tenían ciertos instrumentos sagrados de música por medio de los cuales templaban en la batalla el ardor excesivo de los jóvenes guerreros. Víctor Hugo ha escrito *Los castigos*; pero los artículos de Luis Veuillot, en sabia prosa, no morirán. El comedor de hombres, el antropófago temible, no siempre tiene los huesos en su lugar: golpeado, herido, chorreando sangre, se yergue, da baladros espantosos, y queda dueño del campo. Qué polemista! qué enemigo!

La profesión del polemista es una de las más duras y peligrosas. El polemista es un luchador público, y lucha, no para el recreo de un emperador y de un pueblo sanguinario, sino por el triunfo de las ideas y los intereses generales. Puede ser mala y errada la causa de uno de estos luchadores; pero el vigor, el valor, el tesón que necesita para no sucumbir á los golpes de la elocuencia enemiga, ó á los de la infame calumnia, hacen de él un personaje respetable. Si el polemista se llama José de Maistre ó Luis Veuillot, la libertad y la civilización no siguen su camino sino echando sangre por los oídos y los ojos.

El polemista ha de saber mucho; ha de ser audaz, tenaz, valiente. He aquí el caso rarísimo de un sabio belicoso. El pusilánime, el amigo de su tranquilidad y su comodidad, el egoísta, nunca entrarán en polémica, así como el cobarde no se ofrece para la guerra. En el polemista hay siempre pasión; es patriota apasionado, teólogo apasionado, literato apasiona-

do, orador apasionado, filósofo apasionado, llamando pasión ahora el ardimiento con que ciertos caracteres y ciertos corazones se arrojan al torbellino de la contienda política, religiosa ó literaria, siempre que en el bando opuesto estén campando paladines dignos de su prepotencia. Las armas del polemista son el periódico y el opúsculo; el opúsculo, lo que llamamos folleto malamente; mala é irremisiblemente, por desgracia, pues el folleto en su acepción genuina y castiza se acerca mucho al libelo; y folletos hay que son obras maestras de política, moral y filosofía. Los de Cormenin, los de Pablo Luis Courrier no son libelos; son opúsculos, arranques grandiosos de indignación que hacen temblar mundos, crujir tronos y venirse abajo dinastías. Los de Heine son panales del monte Hibla por lo dulce y aromático; pero son mortales: un delicado veneno está oculto en esas ondas de poesía, cuando el sarcasmo no se presenta con el rostro descubierto y hace beber torrentes de amargura á los á quienes el tribunal de su conciencia ha condenado al peor de los suplicios.

El folleto, resignándonos á este nombre consagrado por el uso general, "ha de ser de bri- "llante colorido, simple en la forma, claro en "la exposición de las ideas, exacto en el cál- "culo, atrevido en el razonamiento y variado "en el tono." Cormenin, el maestro del folleto francés, pudo muy bien fijar, como ha fijado, los caracteres del folleto. Cumpliendo siempre con esas condiciones llevó lo mejor en la lucha que sostuvo durante dieziocho años contra un poderoso monarca, el cual se vino á tierra sin poder más contra el folleto. La polémica de alto coturno ha preferido siempre el

opúsculo al periódico, porque en él caben el estudio elevado, la digresión apológica, la doctrina profunda, la sátira mordaz, la burla sangrienta, los sabores divinos y las sales humanas del escritor que se siente con fuerzas para esa obra complicada y difícil. El polemista es camaleón maravilloso: hoy filósofo, mañana hombre político; cuándo poeta, cuándo matemático; ya serio, grave, adusto; ya irónico, socarrón y chancero. La grandilocuencia y la familiaridad, la cólera y el buen humor, las lágrimas y la risa están á la disposición del folletista. Polémica es lucha, duelo, y no á primera sangre. El polemista sale al campo armado de todas armas, como los caballeros de la edad media. Tiene espada, lanza terrible, pistolas y cuchillo: cuando las grandes se le rompen, echa mano á la daga, y cuerpo á cuerpo sigue la pelea hasta que quita la vida ó cae muerto. El polemista, el folletista es campeón de la idea, bien así como los atletas de Grecia y Roma eran los campeones de la materia. El uno lucha por convencimiento, por deber, por gusto propio; el otro por obediencia, por necesidad, por placer de los demás. El polemista puede morir, ya á los golpes de su contrario, ya en las emboscadas de la calumnia. En este caso, si es autor de conciencia, filósofo convencido, se yergue antes de espirar y grita: Dios! un moribundo te bendice. El otro no se dirige sino al tirano, y como esclavo vil exclama: César, un moribundo te saluda!

El folletista, el polemista, de cualquier condición que sea, tiene muchos aborrecedores, muchos enemigos; es el blanco de muchos tiros aleves. Si es político, todo el partido contrario cae sobre él; si es filósofo y moralista, la

secta enemiga le persigue de muerte. Todos le temen, y todos se unen para acometerle; todos se sienten heridos, y todos se encarnizan sobre él. Un polemista que salta á la arena, es un toro que se echa á la plaza: acomete, ahuyenta persigue; levanta por los aires á los que le salen al encuentro, y recibe mil banderillas y lanzadas. Los hay que salen ilesos, ó que se lamen fieramente sus heridas en el campo de la victoria: éstos son los buenos.

Nadie dirá que el polemista no ha menester un gran caudal de abnegación, pues, en resumidas cuentas, no está riñendo por sus intereses personales. Combate los errores, propaga verdades peligrosas, se encara con los tiranos, denuncia crímenes. corrige vicios, recomienda severamente las virtudes, defiende á todo trance al débil contra el fuerte, alarga la mano al desvalido, la deja caer sobre el insolente, y con esto concita la ira y la animadversión de los opresores, los injustos, los corrompidos, los hipócritas, los malvados de toda clase. El polemista de conciencia, polemista filósofico, moral, tiene grandes y terribles elementos contra sí; pero como el género humano, á pesar de sus denigradores sistemáticos, aun no ha caído del todo, tiene en su favor la simpatía de los hombres justos, amantes del bien y protectores de sus semejantes. Los grandes polemistas, grandes folletistas, han alcanzado el galardón de su virtud y su trabajo: todos son célebres, todos están gozando de la admiración del mundo: Swift, Junius Cobbet en la Gran Bretaña; Cormenin, Pablo Luis Courrier, Armando Carrel en Francia; Henrique Heine en Alemania; Mazzini en Italia; José Mariano Larra en España; Benjamín Franklin en la América del

Norte. Vida amarga la de estos mártires de su propio fuego; pero vida llena, completa, útil y grande. Sin el folleto, sin el folletista, muchos tiranos se habrían reído de los pueblos; muchos ministros criminales se habrían quedado impunes; muchos errores habrían oscurecido el mundo; muchas traiciones y maldades habrían quedado triunfando en las tinieblas. ¡Cuidado! El folletista tiene el brazo largo y la vista penetrante: rompe los tiempos y hiere en la eternidad. "Le perseguiré hasta el fin de mis días, decía sir Philipp Francis, hablando de un ministro perverso, y le salvaré del olvido con volver inmortal su infamia". Los grandes escritores tienen el poder de inmortalizar: Bedfort y Grafton, pares del Reino, ministros de poder sin limitación, duques y grandes señores, yacen echando lágrimas y sangre á los pies de un folletista. Sir Philipp Francis no se contentó con derribar é inutilizar á esos magnates; los ha inmortalizado.... con la inmortalidad de la infamia. ¿Pero son felices los campeones de las grandes causas? ¿Qué sacan de esa labor dolorosa en que consumen la vida? Los escritores generosos y valientes son víctimas voluntarias que se ofrecen á los altares de la civilización y la patria.

LA LLUVIA DE ESTRELLAS

DEL 27 DE NOVIEMBRE

Flammarión principió su conferencia acerca de este fenómeno por contar á su auditorio que había recibido despachos telegráficos de todas las partes del mundo, en los cuales se le pedía la explicación de la maravillosa lluvia de estrellas que ha sido observada en los países cuya atmósfera ha permitido verla. De Italia, España, Grecia, el Egipto; de varias naciones del Asia; del Brasil, de Méjico, del mundo entero se han dirigido al célebre astrónomo, y todos con el más vivo interés, por este suceso que parece un portento, y que no había sido explicado hasta poco há.

En 1872 se vió la primer lluvia de estrellas: los astrónomos, Flammarión inclusive, estaban confundidos: ¿cuál era la causa de este fenómeno celeste y cómo se producía? Las estrellas volantes son de la más remota antigüedad: los pastores de la Arcadia, pasando las noches al raso en su clima tibio y bienhechor, las vieron ya desprenderse del firmamento y pasar como saetas ígneas de un punto á otro del horizonte. Pero ésas eran viajeras solitarias, almas errantes de los griegos que andaban llamando por diferentes entradas á las puertas del Olimpo. Los observadores de la bóveda celeste, esos enamorados de los astros que

pasan sus noches sobre una torre ó sobre una colina, cuentan cuatro ó cinco mil estrellas volantes por año Pero esa lluvia espesa y larga del 27 de noviembre es acontecimiento nuevo, y ha causado grande admiración hasta en los hombres que viven familiarizados con el cielo y sus prodigios.

En París no fué visible la lluvia luminosa de la fecha indicada: la atmósfera, en ese mes, se atreve hasta contra el sol: los rayos del padre los astros nada pueden: sabemos que hay sol, pero no le vemos; nos acordamos de la luz, pero estamos lejos de ella. En Francia, Inglaterra, Suecia, Rusia, en todos los países donde florece más la astronomía, la atmósfera es adversa á las observaciones científicas; y sin embargo, el fenómeno que ha causado una curiosidad que frisa con el espanto en las demás naciones, estaba previsto por los astrónomos ingleses y franceses: Flammarión mismo lo había predicho; pero en vano lo buscó por el espacio; sus ojos investigadores se estrellaron contra este manto funerario que envuelve en esta época del año la ciudad más sabia de la tierra.

He dicho que la lluvia de estrellas de 1872 causó admiración hasta en los hombres de saber, y que, por de pronto, nadie supo explicarla. ¿Cómo se hubieran quedado á oscuras en asunto de tal importancia científica? Ni el codicioso tras las riquezas, ni el ambicioso tras el mando son más tenaces que el sabio tras la averiguación de las causas que producen un fenómeno desconocido. Observaron los astrónomos que la lluvia de estrellas coincidía con la presencia del cometa de Biela en la bóveda celeste, y que toda esa multitud innumerable de cuerpos encendidos, aunque esparciéndose

después en un gran espacio, salían de un mismo punto y tenían un mismo origen. Los astrónomos le echaron mano á la misteriosa incógnita; el secreto estaba descubierto. Flammarión, balanceando la cabeza, movimiento habitual en él, con una sonrisa de profunda satisfacción, dijo: "Este fenómeno que ha parecido una maravilla en todo el mundo, nosotros lo teníamos previsto; la lluvia de estrellas del 27 de noviembre que ha sido una sorpresa hasta para los hombres de saber, nosotros la teníamos anunciada". No puede haber maravillas naturales; si las hubiera, esa lluvia hubiera sido una maravilla natural. Los observadores más prolijos contaron hasta ciento sesenta mil estrellas en una sola línea del horizonte que abrazaron con el telescopio. Multiplicando los dos lados de un cuadrado reducido, sacaban dos millones, sin contar con el inmenso espacio por donde se extendía ese mar de cuerpos celestes. Por donde se puede ver cuántos millones de estrellas caerían sobre la tierra ó pasarían por su atmósfera en la noche memorable del 27 de noviembre.

Un oficial austríaco de marina llamado Biela descubrió el planeta que hoy tiene su nombre. El marino, simple aficionado, y no astrónomo de profesión, comunicó á las Academias de Europa su descubrimiento: los sabios se apoderararon del cometa de Biela, y desde entonces, cada seis años y nueve meses le salían al encuentro de los observatorios de París, Londres, San Petersburgo y Estocolmo. Un día, ó más bien una noche, después de seis años y nueve meses, ¡oh, sorpresa! oh espanto! ¿qué ven sus ojos en el cielo? El cometa, fiel á la cita, comparece en el firmamento, pe-

ro hendido de la cabeza á los pies, partido en dos mitades, las cuales van andando paralelamente á cien mil leguas de distancia entre ellas ¿Qué ladrón le salió al paso al triste viajero? ¿ó fué éste víctima de los celos de algún gigante más poderoso que él? No le había dado sino un sablazo en la cabeza, y le partió hasta la cola. Pero qué celos sin amor? El cometa es meteoro solitario: en eterna y fúnebre melancolía se va perdido por los espacios infinitos; y, lejos de buscar amores ni trato social, huye de la vecindad de los astros, porque sabe que si se pone al alcance de su poder, quedará esclavo para siempre. El encuentro que tuvo ese desgraciado vagabundo, nadie sabe; pero es el caso que en una sus revoluciones tuvo un choque y fué vencido y deteriorado.

Las dos mitades del cometa, gemelas inseparables, desaparecieron en el espacio, unidas solamente por una faja de luz que formaba un puente entre ellas. He dicho *inseparables, á cien mil leguas de distancia* una de otra; lo cual parece envolver contradicción; porque cien mil leguas son más largas que la muerte. Para nosotros, gusanillos, que vivimos un día, que andamos cien estadales, sí; en el cielo todas las cosas son por mayor, y lo que á nosotros nos parece inmenso, es corto y chico en el universo. Cien mil leguas, en astronomía, son un punto. Las dos gemelas desventuradas andaban, pues, juntas á cien mil leguas de distancia.

Al cabo de seis años y nueve meses, los astrónomos volvieron á sus torres: las dos gemelas, puntuales, se presentaron á hora fija. Pero la una había vivido de la sustancia de la

otra, la había absorvido casi por completo. La una estaba todavía robusta; la otra era un espectro, sombra vaga, pronta á desvanecerse. Seis años después, faltaron á la cita; los astronómos, desesperados, dieron voces en vano. ¿Qué les había sucedido á las dos hermanas? ¿Por qué dejaban de cumplir con su deber? El cometa de Biela, invisible para el telescopio, inundó súbitamente el espacio con una lluvia luminosa, que era el último aliento de ese judío errante de los cielos. El último aliento he dicho; no, porque no ha muerto: de aquí á trece años, otra lluvia de estrellas, el 27 de noviembre, indicará su presencia en la bóveda celeste; pero las dos gemelas no volverán á ser vistas por los hombres, porque estarán casi desvanecidas. Al cabo de algunas revoluciones más, el cometa de Biela, que pierde más y más cada año, habrá dejado de existir. Las ruinas también perecen, decían los antiguos.

La lluvia de estrellas del 27 de noviembre fué efecto de la disgregación del cometa de Biela que está en camino de destruirse. Flammarión afirmó que ésta no es simple teoría, sino verdad científica plenamente comprobada por mil observaciones de diferentes sabios en varios observatorios de Europa.

De manera que podemos sentar este principio general: las lluvias de estrellas son disgregaciones de los cometas ó los planetas que caen, por motivos quizá inaveriguables, en deterioro y destrucción. Las que nos parecen estrellas, son corpúsculos no mayores que granitos de munición; los cuales en su caída cobran tal rapidez, que se inflaman, se dilatan, forman globos de materia sutilísima que al entrar en la atmósfera terrestre reciben la luz del sol, y á la

distancia se presentan con aspecto de estrellas á los ojos humanos. Estos corpúsculos, cuando se desprenden ó desmoronan del cuerpo del cometa tienen una temperatura de 250 grados bajo cero: el cometa es helado; el espectro ó imagen vana tiene que ser frío. Conforme van andando, su velocidad se aumenta en términos que, cuando pasan de noche á nuestra vista están bajo el poder de un calor de 300 grados sobre cero. No son ya más que un polvillo luminoso que va á apagarse en los llanos de nieve de la Siberia, ó á perderse en las arenas del Sahara ó Gran Desierto. El astrónomo á quien debo estas nociones dijo que dos sabios, Ehrenberg y Reichembach, haciendo derretir una porción de nieve en un monte de la Suiza, habían recogido un polvito ferruginoso proveniente de las estrellas volantes que habían ido á parar allí. Esto se quiere parecer al polvo de la flor de nieve que el naturalista ruso á quien ennobleció el emperador Alejandro II recogió en las llanuras heladas de la Siberia del norte. La poesía, que es inseparable de las flores, es también una con las estrellas. La bóveda celeste es el libro donde están escritos los poemas del universo.

FLAMMARIÓN

Hay nombres que traen consigo cierto misterio que despierta vivamente la curiosidad de

los pueblos. Flammarión es uno de estos nombres, aun en las naciones apartadas donde se cultivan poco las ciencias de alto vuelo. Me alegro mucho de que en la América no sean oídos los de Flaubert Daudet, Sardou, y otros de estos que están llenando los ámbitos de. . . París; y no hay quien no pare la oreja cuando se nombra á Flammarión. Si al á mis lectores del nuevo mundo gustan de saber algo de este sabio, les diré que es un hombre, casi un hombrecito, que llama la atención á primera vista por esa su cabellera tan fuera del uso. El cortarse el pelo al recaso como indio barbero de Tierra Adentro, es moda mucho tiempo há. Con ella estarán contentos los calvos, los cerdosos y los bermejos; los á quienes Dios no ha dado buen pelo, negro y crespo, nos estamos siempre dando al diablo con esta extravagancia de los franceses y los ingleses, y esta obra de Satanás de los peluqueros. Ni músicos ni pintores entrán en la moda; pero á la verdad disuena el ver á estos intonsos artistas envueltos en esos vellones inestricables que debe de causarles singular modestia.

Flammarión, sin ser músico ni pintor, no se corta el pelo: esponjado, crespo, se le levanta á prodigiosa altura, y dilatándose por las sienes hace de la suya una cabeza de cometa, esos cuerpos celestes de los cuales habla con tanta pasión. Tiene la barba entera, no larga sino rebajada en forma de herradura, como la que el gobernador de Judea describía en Jesucristo escribiendo al emperador de Roma. Su fisonomía es agradable en general; sus ojos, como habituados á requerir los mundos en el universo, tienen distancia, si puedo expresarme de este modo, y procuran manifestarse suaves

y dulces cuando endereza la palabra á las mujeres. Como en su auditorio hay siempre muchas de éstas, menudea ciertas sonrisas que no son nada naturales. Pero cuando yergue la cabeza, estira el brazo y se va tras el cometa que está persiguiendo en lo infinito, es orador poético lleno de elocuencia.

De las ciencias puede gustarme el tronco; pero lo que me embriaga es la flor, y ésta la tomo al vuelo. De suerte que no andaba muy fuera de camino el clérigo que, habiendo leído mi *Sermón del padre Juna*, predicado en la basílica de San Juan Mártir, decía: "¡Qué memorión el de ese pícaro! No le ha perdido una palabra al orador". No, yo no le pierdo una palabra al orador ni al escritor que me enseña cosas útiles ó santas. En prueba de lo cual verán los que me favorezcan con su lectura; verán, digo, en el tomo segundo de esta obrita, si Dios quiere que haya tomo segundo, un capítulo acerca de los cometas, los cuerpos más desconocidos y misteriosos del universo.

VICIOS DEL

PROCEDIMIENTO JUDICIAL

EN FRANCIA

I

MAZAS

El reo es cosa sagrada, decían los romanos. Es cosa sagrada, porque en su causa van los

tribunales á descubrir la verdad, y ese hombre puede ser inocente.

Tratar al reo como convicto del delito que se le acusa, es cometer iniquidad en nombre de la justicia. Todo acusado debe ser considerado inocente, mientras el crimen no comparece allí con pruebas más claras que la luz del medio día: *luce meridiana clariores*. Este axioma filosófico es á un mismo tiempo principio de derecho en todas las naciones; y sin embargo el procedimiento judicial es tan duro, tan fuera de razón, tan lleno de penas en Francia, que la ley viene á quedar nula y de ningún valor. El acusado, inocente quizá, empieza á sufrir, antes de dictada, una sentencia que está lejos de merecer; y cuando sale absuelto, ó cuando el juez de instrucción no halla culpa, ese hombre ha sufrido ya el castigo que hubiera sufrido en siendo culpado. Los ingleses son en esto más rectos y humanos: el beneficio de la ley, *the benefice of law*, salva al reo de la tiranía del procedimiento judicial. El juez tiene derecho á asegurarse del reo, pero no lo tiene para atormentarle, para deshonrarle sugetándole á trámites indignos de la ley, indignos también de un criminal decoroso. Por *el beneficio de la ley* el reo no sufre sino la fuerza necesaria para que la justicia no sea burlada; porque si echamos sobre él todas las humillaciones y los martirios del criminal sentenciado, ¿cuáles son los fueros de la inocencia? Los reglamentos de prisiones son horribles en Francia: ¡desgraciado del que sea víctima de un error, una venganza, un denuncio infame! La justicia le hará justicia al fin, porque eso tiene de bueno esta nación, que los tribunales no cometen iniquidades, y honran á Dios y al géne-

ro humano; pero mientras la sentencia viene á sacar á ese hombre del calabozo, ¿no ha sufrido ya una larga pena inmerecida?

El beneficio de la ley, en Inglaterra, le salva de esta iniquidad: el acusado tiene derecho al defensor desde el primer instante, al paso que en Francia las diligencias indagatorias se hacen sin abogado: un pobre hombre, tímido ó ignorante, se halla solo, mano á mano con un juez de instrucción hábil y capcioso. Ha estado yendo seguro por la calle, y puede no volver á su casa. Su familia nada sabrá por de pronto: le buscarán, irán tras él llorando su esposa, su madre: del depósito á la Concergería, de la Concergería á Mazás, ya está clavado, como dicen aquí, *écroué*, bien seguro. Si ese desdichado es extranjero, sin parientes ni amigos, ¿qué será de él? Mucho hizo el pueblo francés con echar abajo la Bastilla: las nefandas cédulas de prisión no existen ya; ¿pero cómo han dejado tantos sabios legisladores con fuerza de costumbre abusos que empañan el brillo de una de las naciones más ilustres de la tierra?

Un día se presentó en mi casa un hombre, y me dijo: El señor Chiriboga está preso; me ha suplicado dar aviso á usted.

—¿Quién es usted?

—Soy el intérprete del hotel San Jorge.

—¿Por qué lo han prendido?

—Yo no sé, señor.

—¿En dónde está?

—En el Depósito; pero le van á pasar á la Concergería.

Volé á la calle. Antes de que pudiéramos averiguar nada sus compatriotas, el preso estaba en Mazás, prisión de criminales peligrosos.

Gracias á la intervención del cónsul general de mi país, después de tres días de secuestro, el procurador de la República admitió una fianza pecuniaria. Salió el pobre hombre, y principió el sumario. El juez de instrucción no halló cosa que pareciese delito, no halló nada. "¿Por qué han prendido á ese señor?" preguntó él mismo. El procurador de la República mandó levantar la fianza. El pobre hombre quedó libre; ¡pero díganme si acababa jamás de referir sus cuitas! Flaco, muerto de hambre, con sueño de tres noches, era su felicidad contar todos los días desde el principio hasta el fin su aventura. Estaba saliendo de una casa de cambio con su intérprete al lado: dos ministriles, ¡pau! le echan mano al coleto, y así, bien cogido, le llevan por esas calles. Con la muerte en el corazón, con las lágrimas en los ojos, "Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado? iba diciendo; ¿qué será esto? si habré hecho una muerte?" Preso en el Depósito de policía, al cerrar la noche le ponen esposas, le meten en el carruaje reglamentario y lo llevan, lo llevan lejos. No sabía el desdichado ni en dónde estaba ni lo que le estaba sucediendo. Ya llegan. Es un caserón horrible ése; parece hospicio, parece cárcel. Le bajan, cogido del brazo, le meten por una puerta de fierro, crujen mil cerrojos: está en Mazás, el horrible Mazás. "¿Qué crimen he cometido? decía para sí el preso; ¿qué es lo que me sucede? " Le instalan en su celda, le desnudan, le buscan hasta en lo limpio, le quitan cuanto tenía. Llega el hambre, y no come; llega el sueño, y no duerme; no hay ni pan ni cama por de pronto. Sentado en una silla, pasó la noche. ¡Qué noche sería ésa! La

pasó, acordándose de su país, pensando en su mujer, repitiendo mil veces los nombres de sus hijitas. ¿En dónde estaba mi juicio? se preguntaba; ¿por qué salí de mi casa?" Locos son, ah, locos los que dejan voluntariamente familia, patria, y vienen á buscar insultos y prisiones, vicios y enfermedades, privaciones y miserias. Ellos dicen que vienen á Europa á *gozar*; ésta es la expresión de que se sirven. Sin buen ánimo, buena cara ni buen dinero, vienen á gozar. . . . las delicias del *Hotel-Dieu* ó los triunfos de Mazás. Esos pobres hombres sin ímpetu de viaje, sin objeto científico, literario ni mercantil, que salen de su pueblo en su caballito, cruzan los mares Dios sabe cómo, llegan á París porque Dios quiere; salen con la levita de prioste de San José que traen de su tierra; se van por esas calles boquiabiertos, atolondrados, sin saber qué hacerse ni adónde ir; que vuelven á su cuartito llenos de tristeza y fastidio; que no observan nada, no ven nada, no aprenden nada, en tanto que sus padres ó sus hijos están llorando su ausencia, bien merecidos se tienen, no solamente los intérpretes y los corchetes, sino también la guillotina. Que los prendan, que les corten el pescuezo. ¿Quién los mete en camisa de once caras? Les falta que comer en sus casas?

Otros son los que se familiarizan inmediatamente y demasiado con la sección untuosa de París, que es la más acre. Esos no vienen por lana, pero se vuelven trasquilados; trasquilados de bolsa, trasquilados de salud, trasquilados de conciencia, y muy dichosos si no se van también trasquilados de honor y dignidad. La sirena del mar suspende al pasajero con su voz divina, lo atrae, lo encanta; la sirena de la ciu-

dad es menos insinuante y más ejecutiva; sopla sobre los mortales y los convierte en puercos. Jóvenes, oh jóvenes, huid de la maga Circe! Los que vienen al París sabio, al París artista, al París industrial y mercantil, que vengan. Los que vienen al París zángano, el París libertino, el París bebedor, no vengan! Y esos devotos del Santísimo que ni beber, ni se van tras una pilla, ni hacen una calaverada, ¿para qué vendrán? Sin buena cara, buen ánimo y buena bolsa, lo mejor sería estarse cada cual sentadito en su casa, oyendo misa los domingos y días de guardar, ayunando en témporas y vigilias.

Ya les estoy oyendo á más de cuatro pícaros de por allá: "Y él, y él ¿tiene lo que se ha menester para viajar? ¿Dónde está esa buena cara? ¿dónde esa buena bolsa?" La contestación es muy sencilla: Desde luego, yo no soy devoto; en seguida, no estoy aquí por mi gusto; y por último, ¿cuándo les he dicho que vivo contento? Si alguna envidia tengo en este mundo, es la del hombre modesto y tranquilo que vive rodeado de personas queridas; que goza de la infancia de sus hijos, los ve crecer y ve romper en ellos la aurora de la inteligencia; que tiene amigos afectuosos con cuya lealtad puede contar en todo caso; que se calienta al sol de la patria y se refresca á la sombra del techo propio; que halla á la vista sus montañas y dirige sus pasos á los sitios de sus recreos familiares: que conoce á todo el mundo en la calle, tiene á quien saludar y quien le salude con sombrero atento ó fuerte mano; que se despierta al son de las campanas de su iglesia, campanas que ha estado oyendo desde niño; que se levanta y vuelve cada día á las ocu-

paciones que no fatigan y las distracciones que no cansan, amado de su mujer; querido de sus parientes, servido y respetado por sus criados. La hacienda, el caballo, el perro, la vaca, la leche caliente y pura, ¿en dónde están? Esa señora que decía entre suspiros: "Aquí no oigo jamás ni mugir un buey, ni cantar un gallo", sin caer en la cuenta expresaba vivamente el amor de la patria. Aquí no se oye jamás ni mugir un buey ni cantar un gallo, no vengan! Solón tuvo al viejo Aglao por el más feliz de los nacidos. Aglao nunca había dejado su valle de la Arcadia; era hombre de bien, temía á los dioses, amaba á su mujer, al paso que á sus hijos, por sus prendas y virtudes, eran su orgullo. Si yo pudiera dar los ocho años de Europa de mis tres viajes, aunque no han sido del todo inútiles; si los pudiera dar por cuatro días de felicidad doméstica acendrada, en un rincón de mi país, no vacilara un punto. Montesquieu, después de haber recorrido las naciones, volvió al castillo de sus padres, y dijo: "Dichoso el que no pierde de vista ni un instante el humo del hogar". Solón y Montesquieu eran tan sabios y sinceros como esa señora. No así un fatuo que aparentaba estar regodeándose en París, mientras su corazón estaba pidiendo misericordia. Fué necesario tomarle por sorpresa, para saber lo que realmente había en él. "¿Qué hará usted el rato que desembarque en nuestras costas?" le preguntó un paisano suyo. "Me tiraré de rodillas y besaré la tierra", contestó. El que no da esta contestación es hombre, ó falso ó malo. Cuando aquel magnate decía eso, le creía y le estimaba yo más que cuando contaba sus comidas en casa de doña Matilde Bo-

naparte, y sus paseos por el Bosque de Boloña en la carrosa del duque de Clermont Tonerre. Tírese de rodillas y bese la tierra de su patria; esto es lo que importa. Las merendonas con princesas de sangre real son banquetes de Escotillo, todo viento, porque todo es mentira.

Lo que no es mentira es el percance de Mazás del otro buen señor. El caso fué que había entrado con su fiel intérprete á una tienda á cambiar cuatro condores colombianos. Regateó, rehusó lo que por ellos le ofrecieron, y habiendo entrado por una puerta, salió por otra. Esto fué suficiente. Los gendarmes, prevenidos, le echaron mano, á un mismo tiempo que el juez del barrio mandaba hacer una pesquisa en la casa de posada. Había dado á entender allí el mal cristiano que tenía dos baúles llenos de esas piezas redondas, sonoras, esas que dan salud y muerte, que son el goce y el tormento de la vida. Los pesquisidores nada hallaron; qué habían de hallar, si el viajero no tenía más que los cuatro buitres que fueron la causa de sus amarguras! Dios solamente sabe cuántos pedazos nos hicimos para probar que esos infaustos pájaros, digo esos cuatro condores, eran real y verdaderamente colombianos. El análisis no dejó mentir á los testigos: la química y la metalurgia sacaron sobre sus hombros al delincuente de Mazás. ¿Se habrá ido á conversar en Londres y en Nueva York que tenía dos baúles llenos de esas avecitas amarillas? El susto, el golpe moral, el ultraje público, los tormentos físicos de rigorosa prisión, son poca cosa: las cartas de sus paisanos, la desfiguración de los hechos, la fama emponzoñada, eso es lo malo. Y todo sin asomos de culpabilidad en un pobre hombre

de esos buenos señores de Quito que cumplen con los preceptos de nuestra santa madre Iglesia, y están más lejos de acuñar moneda falsa que de hacer versos en latín. ¿Cómo repara tantos males y dolores la ley del país donde suceden estas cosas? La víctima puede intentar un juicio á los denunciantes inicuos: esto, en saliendo bien, empresa difícil, podrá indemnizarle los daños y perjuicios; indemnización pecuniaria, que no es reparación. Esas manos de corchetes en el cuello; ese vehículo infamante que lleva criminales á Mazás; esa celdilla deshonrosa; ese despojo insolente del vestido; ese grillete, esas aldabas, esa soledad, esa noche súbita de la vida, esa angustia profunda del alma pura y delicada, ¿cómo borran, cómo remedian el procedimiento judicial, la ley francesa? El sarro de la barbarie no quiere salir todavía: hay restos de feudalismo que se afierran á las paredes de este gran vaso de cristal de roca que se llama civilización moderna.

Los periódicos son los cuervos que se tiran sobre el que cae muerto: al día siguiente de esa captura famosa, más de cuatro de los principales de París dieron esta noticia: "Una vasta compañía de monederos falsos acaba de ser descubierta en los Estados Unidos; compañía tan bien organizada y poderosa, que tiene sucursales y ramificaciones en todas las partes del mundo. El jefe de esa conspiración contra la sociedad humana, el más inteligente y audaz de esos malhechores, ha caído en París en manos de la justicia, y se halla á buen recaudo en Mazás. Los últimos telegramas de Nueva York anuncian que la policía americana se ha apoderado de los cuños y más instru-

mentos criminales en unos subterráneos gigantescos de Bostón y Baltimore. Cincuenta de los afiliados están presos, y se persigue infatigablemente á los demás."

Cuando el cautivo de Mazás fué puesto del todo en libertad, yo escribí al director de "El Fígaro" la siguiente rectificación:

"El jefe de la conspiración contra la sociedad humana; el más inteligente y audaz de los malhechores de quienes vuestro periódico habló no há mucho, está libre, no habiendo hallado el juez de instrucción fundamento ninguno para una causa. Estos magistrados no han sabido, sin duda, que los monederos falsos de los Estados Unidos eran, no solamente falsificadores de moneda, sino también falsificadores de terremotos. Los últimos telegramas de Pondichery anuncian que ellos han sido los que han destruído la isla de Java con temblores falsos, y que se les ha descubierto ciertos papeles por los cuales se viene en conocimiento de que estaban meditando en la ruina de las ciudades de Ischia. Los periódicos de París son los centinelas del género humano; los periodistas los enviados de Dios para sus obras. *Gesta Dei per francos.* Servíos dar la voz de alarma nuevamente, á fin de que ese poderoso bandido vuelva á Mazás, y se salve el mundo."

Lejos de hacerme justicia y darme gusto estos gabachos, tuvieron cólera. El *gesta Dei per francos*, en este caso, los había molestado. Pero yo no hacía una ponderación desmesurada, pues algún tiempo antes el mismo Fígaro había dado esta noticia: "Los buques mercantes que se juzgaba perdidos en los mares de la India, por obra de las tempestades del equinoccio, han sido descubiertos en una caverna

del Himalaya. Los piratas que operan bajo la dirección del rajá de Queda los tenían escondidos allí junto con inmensos tesoros y prendas preciosas hurtadas en el mundo entero. Hállase entre esas prendas una tiara pontificia cubierta de diamantes; y por aquí se viene á suponer que un hemisferio asaz voluminoso de cal y canto que se descubre en un rincón de la dicha caverna, es la cúpula de la basílica de San Pedro que habrán robado últimamente. Se dice que esos bandidos tienen mucho que ver con el incendio de Chicago, y con la erupción del Cotopaxi en la América del sur, porque sus fechorías se dilatan *urbi et orbe.* Un ejército europeo internacional va á ponerse en movimiento; y así podemos confiar en que antes de cincuenta años la tierra estará purgada de esa casta maldita de bandoleros universales".

Mientras el ejército internacional europeo nos hace este beneficio, no sería por demás que los legisladores dictasen una ley protectora de la inocencia, y hallasen el modo de perseguir las malas obras, sin atropellar por medio de las garantías individuales y sociales; porque es triste cosa para un hombre, ciudadano ó extranjero, verse de repente en medio de dos gendarmes, é ir á parar en un calabozo, como delincuente juzgado y sentenciado, cuando no hay en su vida asomos de crimen ni delito.

EL INTERVIÉWER

Los griegos fueron artistas, los romanos conquistadores; los norte-americanos son inventores. Fulton, Samuel Morse, Edison, Graham Bell no son nada; el que descubrió *el interviéwer, el repórter*, ése es el grande. Si es mucho lo que perdemos en nuestros campanarios de la Cordillera con no aprovecharnos de las invenciones de esos hombres singulares, no es poco lo que ganamos con estar lejos todavía de esta nueva gracia de los yankees. Piérdase la navegación por vapor, muera el telégrafo eléctrico, perezca la fotografía, como no lleguen á nuestras ciudades ni se introduzcan en nuestras costumbres el interviéwer, el repórter, monstruos recién llegados de la luna, espectros que aterran é intimidan, invaden y se apoderan de lo que no les pertenece. Ni el nombre de estos avechuchos maléficos ha sonado aún, gracias á Dios, en Quito, Bogotá, Lima ni Caracas; así es que pocos sabrán por allá lo que son el interviéwer, el repórter, y muchos pensarán que son nuevos descubrimientos en el mundo de la electricidad, ó maquinitas de engordar pollos. No señor: el interviéwer es una especie de hombre, entre periodista y mandadero; suerte de escribano que sin autoridad judicial se mete adonde se le antoja, pregunta lo que le da la gana, obliga á decir lo que uno tiene quizá reservado para el confesonario, po-

ne por escrito lo que ha oído, y zas! al periódico esa misma noche, para que lo sepa el mundo entero. ¿Qué les parece á ustedes? El interviéwer hallaría en las ciudades de América que se han quedado españolas más resistencia que la fiebre amarilla y el cólera asiático hallan en los Andes. En Nueva York ha tomado tal ascendiente ese tiranuelo, que nadie se cree con derecho á cerrarle las puertas; y en Londres, en *París*, tan luego como ha llegado ese audaz americano, se ha hecho señor de vidas y haciendas; el mundo es suyo, no hay personaje que se le niegue, ni actriz que no esté en su casa. Triunfo de los hombres vanos, alegría de los pueriles, el interviéwer es la pesadilla de los modestos, los callados, los que gustan de que su vida corra silenciosa entre la hombría de bien y las buenas costumbres. El interviéwer tiene derecho á preguntar todo; y como dispone de los medios coercitivos del periódico que le manda, nadie puede encastillarse en la prudencia, guardando para sí lo que no quiere que sepan los demás. Desdichado del que se ponga á hacer melindres al interviéwer! No solamente le hará decir al otro día el periódico lo que no ha dicho, sino que de paso, como para escarmiento de la gente de dura cerviz, le desvestirá, le desollará y le mandará, como un san Bartolomé, con su piel al hombro. La libertad de imprenta es torniquete al cual no hay quien resista. Al interviéwer, como al confesor, hay que decirle todo.

Los franceses no tienen el menor escrúpulo en pasar á su lengua los términos que les gustan y les sirven; así el interviéwer, el repórter, sin bastardilla ni subraya, están ya en su cau-

dal, como otros tantos de los que vienen de Londres y Nueva York. Aunque esto está aquí á los alcances de todos, no todos lo alcanzarán en la América Española; y así conviene advertir que *interviéwer* nace de *to interview*, tener una entrevista. De suerte que interviéwer es el que viene á casa de usted á exigir una entrevista; y el que recibe esta visita inquisitorial el interviéwed. Los franceses, pueblo ligero muy prudente en lo que toca á su lengua, no han intentado traducir esos vocablos: como ni á España ni á la América Española han llegado todavía el interviéw r y el repórter, nosotros no tenemos necesidad de rompernos la cabeza por saber cómo hemos de llamar á esos personajes. El que pide la visita es el interviéwer; el que aguanta el interrogatorio es el interviéwed: si algún día venimos á hacer tales progresos que tengamos interviéwer y repórter, ¿cómo los llamaremos en castellano? El que impone el interrogatorio será será *el entrevista*, y el que responde *velis nolis* será *el entrevisto*. O, á modo de alcabalero, haremos un *entrevistero?* En este caso, el que aguanta la mecha será *entrevistado*. Este me parece más razonable, porque está á un paso de zurrado, fregado y desesperado. Aunque esto no es lo que importa. Lo que importa saber es cómo se verifica las entrevistas de los interviéwers y los interviéweds, esto es, en castellano, de los entrevistantes y los entrevistados.

— Quién va allí?

— Albert Chinchon, el repórter del Vercingétorix.

— Adelante!

Entra el interviéwer, saca su cartera, su lápiz, y principia á interviewar al desdichado

personaje que en hora menguada se metió en política; que llegó á ser notable en la diplomacia, en el teatro; ó que compró una hacienda, ó que volvió de un viaje, ó que se casó á su gusto. Si los muertos respondieran, los interviéwers de Londres, Nueva York y París fueran á interviewarlos en el cementerio, y no salieran de la sepultura de un difunto infeliz mientras él no les hubiera dicho si ya le estaban comiendo los gusanos; de qué parte del cuerpo habían principiado la operación; si eso dolía mucho; si estaba salvo ó condenado; si había dejado un tesoro oculto; si aprobaba que su viuda contrajera segundas nupcias, y otras cosas inherentes á la civilización moderna y los progresos del siglo décimonono. A los vivos no les preguntan eso, pero sí les preguntan cosas peores.

— ¿ Es verdad que su hermano de usted recibió cantidad de dinero cuando el proceso de Bazaine, para deponer en contra del mariscal?

— Falso!

— Se dice que usted se ha dado un batacazo en el Bosque y que se le han sumido cuatro costillas.

— No son sino dos.

— ¿ Qué piensa usted respecto del tratamiento que el príncipe de Bismarck acaba de dar al papa en su contestación á la carta de Su Santidad? Ese *sire* no está prometiendo la vuelta del poder temporal?

— Sería cosa curiosa ver á Bismarck de campeón del Vaticano, después de haber contribuído tan poderosamente á la unidad del reino de Italia, y después de haber metido en un zapato á los obispos católicos de Alemania. Ese *sire* debe de ser alguna treta del Canciller; ó

lo dijo por no llamar "santidad" á León XIII.

— Cuándo es "sire" un hombre?

— Cuando es rey ó emperador.

— Luego?...

— Luego el papa volverá á ser rey por obra y gracia del protestante Bismarck.

— Me alegro mucho de que usted lo entienda así. Ahora vamos á otra cosa. Cuántas camisas tiene usted?

— Caballero!

— Nada. Cuántas camisas tiene usted?

— Qué tiene que ver eso con los intereses generales?

— Puede ser que á usted le parezca que no hay relación ninguna entre estos asuntos; más yo no puedo renunciar las prerogativas de mi periódico ni transgredir las leyes de la prensa. Cuántas camisas tiene usted?

— Pues hombre.... Si he de decir la verdad, las mujeres son las que están al corriente de estas cosas.

— *Tantum meliorem.* Sírvase usted anunciar mi visita á la señora. No salgo de aquí sin haber a interviewado.

— Vamos, que no haya necesidad de eso. Tengo tres docenas de lino para el verano y dos docenas de algodón para el invierno.

— Muy bien. Y de blanca ¿cómo vamos? Quiero decir de bolsa.

— En esa materia, amigo, acabo de sufrir un golpe.

— Malo. Golpe de qué naturaleza? Ha jugado usted? Le han robado? Los malos negocios, ó los hijos?....

— No, hombre!

— Pero vamos, ¿cómo ha perdido usted su plata?

— La he perdido.

— Nadie sufre un golpe sin que la prensa dilucide la cuestión. Usted sabe que los progresos del siglo XIX, la influencia de la Francia. . .

— Tiene usted razón. He quebrado, amigo mío, porque mi mujer ha ido sacando de diferentes casas, sin que yo lo supiera, joyas y más joyas; y lo que tomaba por ciento, lo vendía en diez para hacer dinero.

— Bravo! No tiene usted más que decir? Quisiera yo saber su modo de pensar acerca de esa tan singular manifestación de aprecio del Padre Santo al Cancill er de Alemania; digo ese cordón de la orden de Cristo que le ha enviado tan oportunamente. Ésta es, me parece, la primera vez que el pontífice romano condecora á un protestante.

— Condecoración por condecoración. Bismarck condecoró al papa con haberle nombrado mediador en la discordia entre él y España; nada más justo que Su Santidad le enviase el cordón de la orden de Cristo. Pero, digo yo, Bismarck, como protestante, está señalado para el infierno, supuesto que la gloria eterna no es sino para los católicos: ¿habrá de comparecer ante el príncipe de las tinieblas con el cordón de Cristo al pecho? ¿de nada le servirán la condecoración pontificia, las bendiciones del Padre Santo y los votos que promete hacer por él en vida y muerte?

— Al interviéwed no le toca preguntar sino responder, ó echa usted abajo las regalías de la prensa. Dejémonos de sofismas, y diga aquí francamente: ¿Qué opina usted, qué piensa usted de Don Carlos, de Doña Isabel, de la muerte de Alfonsito? Es verdad que este chico

no se cansaba de repetir que él quería ser rey destronado, pero no tronado?

— Respecto de estas personas, no pienso nada, ó no se me ha ofrecido pensar de propósito en ellas.

— En el siglo del vapor nadie tiene derecho á no pensar nada; y si hay alguien que no piensa, la prensa piensa por él. Conque vamos, ¿qué piensa usted de la reina madre?

El desdichado interviéwed tuvo que decir lo que pensaba en orden á eso y mucho más. Al día siguiente la entrevista, en dos columnas, en letra gorda, salió en el periódico. Nadie puede ser notable en París, sin ser objeto de escándalo: el interviéwer de hoy es el repórter de mañana: cuando interroga el periodista, es interviéwer; cuando da cuenta de la entrevista al público, es repórter. Los que quieran ser hombres grandes y hacer ruido en el mundo, no tienen más que venir á París y darse maña en ser interviewados ó entrevistados; que luego sus nombres saldrán campando en los periódicos principales de la capital de Francia. El interviéwer de conciencia, el repórter que sabe su deber, no solamente da cuenta de lo que ha oído, sino también de lo que ha visto en casa del interviéwed. Carlos Chincholle, el repórter más infatigable de París, interviewó á Rochefort por la centésima vez, con motivo del proyecto de expulsión de los príncipes de las familias que habían reinado en Francia. De lo que menos trató en el acta de la entrevista fué de la expulsión de los dichos príncipes, y se abrió al mar para decir el modo cómo halló al interviéwed. Dijo que la gata de Rochefort había parido siete gatitos esa noche; que "el brillante linternero" había

estado, cuando él entró, con los recién nacidos entre las piernas, acariciando á todos ellos; que le dijo desde luego que á nada respondería, si no le daba su palabra de tomar á su cargo uno de esos serafines y de criarlo como Dios manda; que en seguida le convidó á almorzar; que comieron pescado frito, patas de puerco y otras cositas que no quería decir; que el interviéwed se levantó de la mesa y se fué á las carreras de San Ouen, dejándole plantado; y que la opinión de ese insigne periodista era que no se debía expulsar á los príncipes, por que la República y la libertad eran para todos; pero que él daría su voto por la expulsión en el Parlamento.

Aquí tienen ustedes el interviéwer francés, el repórter parisiense con su pelo y con su lana. Al señor de Lesseps le interviewaron no há mucho más de cuatro interviéwers, para saber el nombre que pensaba poner al hijo que iba á nacerle en esos días; el hijo duodécimo, á los 82 años de edad, si ustedes gustan! No satisfechos los interviéwers con el nombre que les dió el anciano dichoso, le preguntaron cómo los llamaría si la señora diese á luz dos gemelos, y si pensaba que serán dos los que pariese. Del canal de Suez, del istmo de Panamá, ni una palabra.

Dios de bondad, ya me figuro el modo como nosotros recibiéramos al interviéwer en Quito, Bogotá ú otra ciudad andina adonde no llegan aún los inventos de los yankees; y más si somos de esos buenos señores antiguos, de pasta española y cáscara amarga.

— Quién es usted?

— Soy el repórter de "La Democracia".

Vengo á saber la opinión de usted tocante á la quiebra del "Banco de la probidad".

— Y á usted qué le importa mi opinión?

— Es de buena fe? es de mala fe?

— No me da la gana de decírselo.

— Y por qué, señor don Pedro?

— Porque no!

— No insistiré en esta materia; pero sí me hará usted el favor de decirme lo que piensa del señor obispo, de las monjas visitadinas.

— Del señor obispo no pienso nada; de las monjas tampoco; y si algo pensara, no se lo dijera á usted.

— Señor don Pedro, el voto de los buenos ciudadanos influye sobre la mayoría La prensa, por otra parte, tiene sus privilegios.

— Me río de la prensa, de sus privilegios y de los periodistas.

— Pero no se reirá usted de la felicidad doméstica, de los fueros de la familia. Es verdad que casa usted á su hija, la joven Rosa? Cómo la casa? Cuánto le da usted de dote? Tiene la señorita mucha gana de casarse?

— Qué desvergüenza! Conque viene usted á que yo le diga todo esto?

Como don Pedro se hacía aun lado para coger un palo, el interviéwer ganó la puerta, y no se le á vuelto á ver en la casa del interviéwed. Yo habría querido que don Pedro huviese tenido tiempo de ajustarle la cuenta, y le huviese mandado con la cabeza rota en cuatro partes, á fin de que el interviéwer nunca más hubiera pensado en interviewar á nadie, y este monstruo no viniese jamás á ser parte de nuestras costumbres.

LA BOGOTANA

Los días de grandes aguas en Versalles suelen ser días de cita para los extranjeros residentes en París: los hispano-americanos, principalmente, no faltan de ese espectáculo, que en pequeñas y artísticas proporciones les recuerdan los saltos, las cascadas, los cristalinos torrentes que decoran las montañas y los bosques de los Andes. Encontrándonos reunidos muchos compatriotas de diferentes repúblicas de América un domingo del mes de agosto debajo de un solio de árboles centenarios, en los jardines llamados *el parque de Versalles*, vinieron á pasar por delante de nosotros dos señoritas y un caballero que parecía ser su padre. En un pronto vimos en ellas la marca del Nuevo Mundo: paso, modo, color, todo nos las estaba presentando como paisanas nuestras, y sólo anduvimos discordes sobre si eran colombianas, peruanas ó argentinas. Cada uno tiraba la manta para su lado, sin consentir en que esas amables niñas fueran de otra parte que de la nación á la cual él pertenecía. "Tan preciosas muchachas no pueden ser sino mejicanas, dijo don Aniceto de la Puebla: miren ustedes esos relámpagos negros que como al descuido nos van echando con los ojos."

"Para esos ojos y ese modo de mirar, respondió Manuel Emerencio Ugarte, vénganse ustedes á Lima: ésa es la tierra de los relám-

pagos negros y de los rayos de sangre, de esos que revientan en el corazón y matan de despecho ó de felicidad. Tengan ustedes reglas para todo, y sepan que en nada, más que en el amor, cada uno merece su suerte."

"Ya lo creo, dijo Mariano Biobío, gentil chileno que se distingue por la rosa de la Legión de honor y el espolín de plata; pero se engaña de medio á medio el que piensa que esas dos palomas no son de Valparaíso: porte, modo, gracia señoril, todo es de esa reina del Pacífico."

Un colombiano se queda callado rara vez, y jamás consiente en estar atrás de nadie. "Vamos, dijo Policarpo Santander, si esas chicas son reinas, son mis paisanas; y de esta persuasión no me sacará Roldán el encantado."

"Y yo para que estoy aquí? respondió Gaudencio Necochea encarándosele: doy que esas motolitas sean colombianas, peruanas ó quiteñas; pero siento este principio, cuya justedad no dejará de reconocer ninguno de ustedes: la mujer más hermosa de la América hispana es la argentina."

Un largo estruendo que se levantó del corro sirvió de protesta á la tamaña pretensión del hijo del Plata; y después de mil "ah!", "oh!", "calle usted", "vaya usted", "deje usted", todos salieron por las suyas, afirmando, porfiando y jurando que en el mundo no había mujer más hermosa que la hija de su patria. No se charló poco, ni se acertó mucho con la verdad por de pronto; y, como cada cual se mantuvo en sus trece, se convino, en vía de prueba y pasatiempo, en concertar una reunión ó concurso de todas las nacionalidades de nuestra América, ó de la mayor parte de ellas,

y someter el juicio á tres españoles que servirían de tribunal. Archibaldo Revenga, caraqueño, propuso que fuese una velada literaria con versos y discursos. "Cansados estamos de literatura, dijo el chileno: dejemos esas funciones para cuando subamos al Parnaso. Ha de ser convite en el Hotel Continental."

"Tú quieres eso porque te gusta comer, respondió Alcibíades Sublette: Carlos Monselet nunca propone otra cosa. No ha de ser sino baile."

"Baile, señores, baile!" repitieron tres ó cuatro voces; y por inmensa mayoría se resolvió el baile.

Era artículo del programa el más estricto silencio respecto del motivo de la función para con las señoras; pues yendo de competencia, saltando estaba á la vista que se hubieran rehusado á esa justa, en la cual ninguna hubiera querido ser vencida. "El senado romano guardó un secreto por trescientos años, dijo don Guillén Sotomayor; vamos á ver si nosotros somos para esta obra de romanos de guardar este secreto. Ustedes ven que si lo llegan á traslucir las mujeres, nos darán con nuestro baile en las narices."

Don Juan Gaiferos, Pedro Marcilla y Diego Tenorio, españoles amigos nuestros, fueron designados para jueces, quedando nosotros sujetos á reconocer como reina de la hermosura á la que estos hombres de bien, peritos en la materia, señalasen buenamente, después de larga observación y recto examen. Cada uno de los presentes se llevaba la palma antes de la contienda; "pues, cómo, decía el colombiano, si escs gachupines entienden de belleza y galantería, han de sentenciar por otra que por la

bogotana?" "Eso sería donde no estuviese la sin par hija de Venezuela, replicaba Alcibíades Sublette: la caraqueña no teme presentarse entre mil jóvenes escogidas de las cuatro partes del mundo."

"Si hay justicia en la tierra, afirmó el peruano confío en el dios del amor: la peruana saldrá con la victoria. Cuándo es la prueba?

Nombróse luego una comisión para la recaudación de la cuota y el ordenamiento de la fiesta, y, señalado el día, acudimos al ferrocarril de París á tomar el tren de las seis de la tarde revueltos en un mar de gente.

Ocho días después, á las once de la noche, estaba iluminado con luz eléctrica el Alcázar de Apolo, en el gran bosque artificial que llaman *El parque de las Musas*. La sala mayor, con sus tres arañas de cincuenta espermas que reflejaban en los espejos de las paredes, era un maravilloso hervidero de llamas blancas y delicadas. Los marcos de oro, los candelabros de las rinconeras, los relojes gigantescos sobre las chimeneas, daban un resplandor que, sin ofender á la vista, atenuado por las alfombras y los tapices, comunicaba alegría á ese poético recinto. El gran lacayo vestido de casaca verde con franjas amarillas, calzón y media de seda en zapato de medio pie, se hizo adelante, y con voz gruesa y sonora anunció: 'El señor don Miguel de Protolongo y su familia"!

Las señoritas y los caballeros que habían sido nombrados para hacer los honores recibieron á estos primervenidos; y acto continuo el heraldo gritó: "El señor general Florencio Córdova!" Entró éste dando el brazo á su esposa doña Josefa Mariño, precediéndoles tres señoritas como las tres Gracias. Casimira, la

mayor, tendrá hasta diezíocho años. Sus dos hermanas son gemelas, y tan parecidas entre sí, que á no tener cada una su nombre, cosa difícil fuera distinguirlas. Todas tres están vestidas de blanco. Sobre la saya de linón de Chartres una hopalanda de raso de la China, abierta por delante, baja hasta los talones y va arrastrando una vara por el suelo. Las orillas de esta rica pieza del vestido, en el pórtico que forman en la delantera, son ribeteadas con un grueso torsal de oro. El zapatito, blanco de seda, tiene sobre la capellada una hebilla de diamantes, donde el iris repartido en mil culebras infantiles se lleva la vista en su travieso vaivén. Casimira, con sus grandes ojos azules, su cabellera rubia amontonada primorosamente sobre la coronilla, tiene aspecto de princesa, porque es alta y majestuosa. Sus dos hermanas, Rosa y Beatriz, son menores de años y de cuerpo, mas no ceden un punto á su primogénita en elegancia ni donaire.

"El señor don Pascual Belgrano!" dijo el lacayo. Llegó este noble argentino con su hija Rudesinda, y se excusó de que no viniese su esposa. Pero el Río de la Plata no había menester otro contingente: Rudesinda, mujer de los poemas de Ossian, flota como una nube en medio de la sala, balanceándose al brazo de su padre. Sus rubicundos labios resaltan en ese rostro pálido; pálido con la palidez de las deidades del Olimpo: nadie se figura sonrosada á Vesta, ni la amable Psiquis prevalece por la sangre de las mejillas: palidez de buena salud, de esa que buscan los poetas enamorados de sombras divinas; palidez iluminada por los ojos, los cuales en esta niña son negros, rasgados, y de una languidez engañosa, debajo de

la cual está chispeando el amor escondido todavía. Tiene al cuello esta ninfa del Plata un collar de enormes perlas, y en el moño un grupo de piedras preciosas en forma de triángulo. Los hombros, gordos, blancos, han sacudido por ahora el yugo de la chaqueta: el pecho es prominente, y dos alas de raso encarnado, siguiendo la forma del corsé, le sujetan los senos y descienden hasta más abajo de la cintura haciendo puntas. Sin la rival que allí entró luego, Rudesinda Belgrano hubiera sido la reina de esos juegos floreales.

Mas quién podía serlo donde estaba Teresa Calderón, guayaquileña que pone la pica en Flandes en esto de compostura y garbo natural? Teresa Calderón es señorita de veinte años: su negro pelo recogido en la cabeza según que lo requiere el baile, forma un rico volumen, sin pedir favor al almacén de trenzas postizas. Esta hija del Guayas no es tampoco sonrosada; la ardiente atmósfera que envuelve su cuna no sufre colores fuertes; pero ese blanco puro, ese blanco de náyade que se oculta del sol furioso del medio día, y sale á beberse la brisa del crepúsculo por las orillas de su río encantado, vale más que los colores con que resplandece la hija de la sierra, acariciada de continuo por los vientos de los montes. Con Teresa Calderón ha venido una chica menor que ella en edad, pero mayor en hermosura: Dolores Mires y Anda, si mal no me acuerdo, no pasa de diezíocho años. Tan viva, tan llena de gracia y donaire, tan picotera é ingeniosa, que ésta es la sal del banquete de deidades femeninas. Lástima que todo eso no fuese cosa de paganos para que el dios sin vista, el dios aleve entrase allí á sangre y

fuego é hiciese dulces destrozos en favor de los débiles mortales que nos contentábamos con estárnoslas comiendo en espíritu y no en verdad.

Ved en seguida esa quiteña que llega derramando salud y fuerza, con sus mejillas debajo de cuyas bóvedas los Amores y las Gracias están fabricando los matices de la aurora. El gordo brazo al aire, el ademán arrogante, pasa rindiendo corazones con la mirada y la sonrisa; sonrisa que tiene tratado secreto con los dientes, pues ha de ser tal que ellos se muestren cuán blancos son y nos permitan admirar el orden con que están plantados sobre la pura encía.

Fueron llegando los demás convidados, hasta cuando hubieron llegado casi todos. El Perú se encuentra allí en las personas de Margarita Salaberry, Alberta Paz Soldán y una joven llamada Zoila Abigaíl Fernández, quien trae á mal andar á hombres y á mujeres, á los unos con los golpes que les da al corazón, á las otras con la envidia que inevitablemente causan sus inocentes triunfos. Nunca produjo Lima pedacito de gente como la dicha Abigaíl: de baja estatura, ¡pero qué cuerpo el suyo! Gorda, sin perjuicio de la elegancia, son de ver esas manos y comérselas uno vivas, porque son sorbetes de almendra en forma de ese miembro el más bello de todos, cuando es bello. La yema de los dedos está reventando sangre; la uña, limpia, se levanta sobre ella en gracioso recorte; la muñeca está presa en un brazalete de diamantes que despide chispas de mil colores. Ojos como los de esta Fernandita no se han visto; sino que finjen no ver cuando están viendo, y no miran fijamente sino cuando no son vistos. Hay bellacas

así, que reconociéndose dueñas del mundo, hacen sus intentonas de desdeñar y matar á los que las quieren bien. Que triunfen, que triunfen; para eso son hijas de Eva.

Vinieron por Chile Clorinda San Martín, Justa Blanco Encalada y Porcia Santa María, á cual más llena de donaire estas hijas del norte, de elevada estatura y ademanes aristocráticos. La República Argentina envió al concurso piezas como Paula Guido y la hermosa Rudesinda Belgrano, á quien ya conocemos. Al lado de éstas estaban Dolores Hidalgo y Juana Juárez, mejicanas; Hermentruda Bolívar, Mercedes Urdaneta y Carmen Arismendi, venezolanas; Flora Salinas y Sebastiana Murgueitio, quiteñas. De la América Central concurren Casilda Morazán, guatemalteca endiablada, que saca airosas á las cinco Repúblicas, pues tanto resplandece por las gracias de la persona, como por la sal que fluye de sus labios. Sin su alátere y amiga, Casilda Morazán se hubiera llevado la palma de las centroamericanas; mas para su desgracia está allí Concha Montúfar, y donde esta salvadoreña muestra la cara, fuerza es que sufran un eclpse las mejores.

Suele ser de buen tono en esta clase de reuniones hacerse esperar, y no venir sino á la media noche. Si uno es gran señor, como lord Byron, podrá llegar cuando todos han perdido ya la esperanza de verle: si es persona cuya ausencia no se echa de ver, lo mejor será que sea de las primeras, á fin de tener asiento, y no motivo de queja contra el dueño de casa. Si alguien falta en el sarao, no hay para que se diga, pues aun no viene Estela Pombo, hija de los Andes, la muchacha célebre por excelencia en este

grupo de extranjeros que en París se llama *colonia hispano americana.* Qué será de Estela? pregunta su paisana Soledad Arrubla; y Estela Pombo no viene? dicen los jóvenes, para quienes no hay fiesta cabal sin esa hermosa bogotana. Esta sí que brilla por la ausencia, y brilla por la presencia: no se la olvida cuando falta, y hombres y mujeres están deseando verla llegar, para que rompa la música en la primera polka.

"El señor don Juan de Pombo!" anunció el heraldo ó introductor. Las señoritas se tiraron á la puerta con los brazos abiertos; los señores, respetuosos, saludaban por sobre ellas con graciosas venias y elegantes inflexiones. Don Juan de Pombo, viejo de lo más circunspecto, joven para condescender con esa gente moza y para dar gusto á su hija, se presentó con ella, y ya no hubo que desear esa noche memorable. Estela se halla en los veinticinco años, la juventud pujante en donde los espíritus del mundo toman todo su incremento y la belleza resplandece en la cumbre de la vida. La diosa Hijia tiene la piedra filosofal de la hermosura: con buena salud y buenas costumbres, ninguna edad más seductora, porque en ella todo está en su punto y la naturaleza ha llegado á su gran desarrollo material, desenvolviendo prodigiosamente las facultades intelectuales y sensitivas. Una hermosa de veinticinco años se reirá de cuatro rapazas de diezio-cho, supuesto que llene los números de la robustez, la pulcritud y la elegancia. De elevada estatura, Estela es gorda, sin parecerlo; pues el arte de vestirse no puede ser más cumplido en esta admirable granadina. Su cintura no está cortándose; ni un poeta nebuloso

puede afirmar que ella cupiera en las dos manos de un ángel. La cintura, bajo el martirio del torniquete puede parecer exigua; pero dan ciento en la herradura y una en el clavo las que piensan que esa forma es la de la belleza sin tacha, ni la que más roba los ojos de los hombres. Todo lo que sea desfigurar la naturaleza es ir contra sus leyes; y fuera del círculo acompasado y armónico donde ellas están girando desde el principio de las cosas, no puede reinar la perfección. Las estatuas de los griegos que han pasado á la posteridad como dechados de belleza femenina, no tienen el cuerpo cortado en dos mitades, las cuales están unidas solamente en las elegantes del día por un cuello de botella; ni las mujeres célebres por la hermosura en Corinto, Pafos y Amatonte andaban prevaleciendo por esta horrible invención de nuestros tiempos. Así como algunas mal aconsejadas se extirpan los pechos á fuerza de comprensiones homicidas, y pierden el más grandioso toque del amor y la voluptuosidad, así las que se estrechan desmedidamente la cintura se hacen mala obra ellas mismas, ya con las enfermedades que provocan por medio de esa operación diaria, ya con el defecto que las afea, al tiempo que están padeciendo un suplicio mortal. Fuera de la moderación no puede haber acierto: las beldades griegas lo entendían muy bien, cuando ni Aspasia había menester manos de esclavo que le ajustasen el corsé, ni Elpinice andaba ahorcada por medio cuerpo.

Estela Pombo sabe donde le aprieta el zapato: su airoso talle, en garbo natural, desdeña las sutilezas del arte y tiene horror á las patrañas del artificio. Esa vasta cabellera, esa tez

blanca, esos ojos negros, inmensos, medio agobiados debajo de sus largas pestañas; esos labios que arden como la granada en flor; esas mejillas de comba sublime por sobre las cuales pasa una tenue llama del fuego de Vesta; esa garganta desnuda hasta los hombros, cilindro de leche consolidada por medio de una operación misteriosa de la mágica Almandroga; ese pecho repujado dividido en dos panecillos de caliente mármol; todo, todo compone en ella el conjunto primoroso donde se clavan los ojos y se estrellan los corazones de los que la están mirando en silencio y haciendo penitencia interior para ser dignos de esa gloria.

El embajador de Méjico, gran amigo del general Campenón, ministro de la guerra, había conseguido para esa noche la banda de la Guardia Republicana. Esta legión de soldados artistas, de uniforme pintoresco, estaba ya haciendo el registro de sus instrumentos con ese murmullo inarmónico, pero alegre, que precede al estallido. Dió la señal el director levantando la batuta, y rompió la Guardia en el valse de Desgranges titulado *La noche de Navidad*. ¡Y qué hervidero fué ése, gran Dios, de niñas hermosas y jóvenes apuestos, asidos de dos en dos, dando vueltas cadenciosas y agitando el cuerpo en agraciados movimientos! La cabeza inclinada hacia el hombro de su pareja, la cintura rodeada de fuerte brazo, van pasando las danzantes en medio del raudal de música que llena el edificio. Ya vuelve, ya vuelve la primera; ah, no se había ido del todo! Ya vuelve, ya vuelve la segunda; ya vuelve, ya vuelve la tercera. La sangre agolpada á las mejillas, el vaivén impetuoso del corazón, el aliento agitado están certificando

que el viaje al rededor del mundo no ha hecho sino despertarles los espíritus. ¿Qué han visto en los antípodas? ¿Qué les ha dicho Berencitia? (1) Ya vuelve, ya vuelve la primera; ya vuelve, ya vuelve la segunda; ya vuelve, ya vuelve la tercera. Ésta es Fidelia Protolongo; la que sigue es Teresa Calderón; luego viene Julia Román de Ger, una de las señoritas más hermosas del concurso. Oh tú, dichoso mortal que traes como suspendida en tu brazo esa divinidad mitológica, ¿quién eres? Crispo, noble Crispo, alúmbrate con sus ojos, bébele el aliento, y gira, y corre, y elévate al cielo en bienechor delirio.

Rudesinda Belgrano pasó por delante de mí echando rayos por los ojos, dulces rayos. Mercedes Urdaneta venía con Gaudencio Necochea, quien hubiera dado todo el resto de su vida por ese feliz instante. Sebastiana Murgueitio, quiteña consumada en el arte de los dioses, viene con el chileno Mariano Biobío, tras cuya pareja se asoma en su quinta vuelta esa á quien conocemos y admiramos, la limeñita Zoila Fernández. ¡Oh cómo llega, oh cómo pasa, oh cómo huye y desaparece en el turbión respladeciente de ángeles hechos mujeres!

Estela, Estela! ¿dónde va Estela? Ella es, la he visto cuatro veces. Si le clavo los ojos en la cara, pierdo tiempo de verle los pies, si me detengo en los pies, pierdo tiempo de verle la cara. Los ojos del cuerpo no son suficientes, nada pueden, miserables! Se me pone el alma en ellos, y la veo de una vez, como con lente maravilloso. Le veo el rostro, le

(1) Berencitia, diosa del baile.

veo el corazón: todo es bello, todo puro en esa amable joven; y tan cadenciosos sus miembros en el baile, como ordenados y firmes los sentimientos de su ánimo. Si la estaba yo viendo con el alma, cómo no le hubiera visto el alma? Pasó Estela Pombo: no la sigo, porque allí vienen Flora Salinas y Clorinda San Martín; porque allí viene Paula Guido. A cuál veré con más porfía? en quién me fijaré? Margarita Salaberry; ella es: Justa Blanco Encalada; ella es: Casilda Morazán; ella es. La Guardia Republicana da la ley del movimiento: el maestro se agita, su cabeza lleva el compás que ya va siendo rápido: la batuta manda con imperio Precipitada la música, medio loco el baile, la sala es el teatro de una tempestad; pero tempestad donde Minerva, Genio de la cordura, con su imperio incontrastable, está poniendo y manteniendo las cosas en orden.

Dolores Hidalgo y Juana Juárez, mejicanas, bailaron con los venezolanos Espiridión Bermúdez y Alcibíades Sublette; Hermentruda Bolívar y Carmen Arismendi, venezolanas, con Anastasio Mitre y Filiberto Gutiérrez, argentinos: Casilda Morazán y Concepción Montúfar, con Gabriel Salabarrieta y Medoro Salaberry. Mil brazos descubiertos, á cual más blanco y gordo; mil piesesitos puntiagudos que ora se asoman, ora se esconden; mil pechos inflamados por fuerte aliento; mil ojos que brillan no menos que los diamantes de sus poseedoras, éste fué el valse de *la Noche de Navidad* del célebre compositor Desgranges.

En tanto que descansaban estas amables locas, la banda militar tocó *La marcha del Profeta*, de Meyerbeer; y cuando se hubieron rea-

nimado con un suspiro de azúcar y un vaso de *veuve Clicot*, volvieron á tirarse al centro de la sala, cada cual con su respectivo compañero. Algunas señoritas habían pedido una galopa; rompieron los instrumentos, y se oyó la composición de Bernard titulada: *On ferme!* la cual duró un cuarto de hora, cebándose las muchachas en este curioso baile, cuya cadencia quiere parecerse al movimiento de un tren cuando se ha dado vuelo y va entrando en su velocidad. Después de tres ó cuatro danzas de varios géneros, pasamos al comedor, donde estaba dispuesto un ambigú, que para honra de la comisión organizadora fué digno de las Musas. No había carnes ni manjares gruesos; pero la más esquilimosa de las cuarenta hermanas del Parnaso que allí estaban se comió lindamente media docena de ostras: verdad es que eran de Ostende, surtidas y preparadas por Boisin; y no hay más que decir. Algunas tomaron un tasajito de jamón de York; otras un bocado de salmón de Holanda humedecido con salsa verde; pero ninguna rehusó las frutas heladas que en tersas fuentes de platina estaban recomendándose con grandes ponderaciones. El *biscocho napolitano*, del célebre Café Napolitano, ese edificio de tres altos, cuyo cimiento de color de rosa tiene el sabor más grato del mundo, mientras el entresuelo de espumilla concreta de leche se expande por las concavidades de la lengua, causando inefable sensación en las despiertas papilas. El último departamento es de frambuesa, por donde principia la cuchara á batir en ruina esa torre de Babel de todos los helados. Yo, Dios me perdone, cuando me pongo con uno de esos dulces promontorios, no dejo gota; y la cajeta de papel que le sirve de

fuente queda como para carta de amores, limpia, pero limpia.... Qué mucho cuando las señoritas consabidas no hacían otra cosa; y tomaban asimismo *chantilly* y *panaché* ó mezcla de fresa y grosella; y los sorbetes amarillos de Tortoni; y los nunca bien celebrados helados de limón; y otras gollerías y porquerías de este linaje que esa noche corrieron en larga vena sin ceder la palabra sino á tal cual copita de *marcobrúnner* y de espumoso champaña! Vuelto á la sala todo el mundo, se bailó *La canción del pájaro*, mazurca de Desgranges; y allá entre las tres de la mañana se estaba poniendo punto final á la tertulia con el rigodón de costumbre; lo que en español se llama contradanza cerrada.

Los tres españoles del jurado que habían tenido buena parte en la función, nos dieron cita para dentro de tres días en casa de don Arturo Montes de Oca, opulento mejicano, dueño de una de esas mansiones soberbias que se llaman *hoteles*, en los Campos Elisios. Los que habíamos ideado y organizado el concurso aquel día de Versalles, fuimos todos. Ya pueden figurarse los lectores si estaríamos curiosos de ese voto, y hasta inquietos, esperando la sentencia que iba á poner la corona de la hermosura en las sienes de una de las beldades que nos habían servido de dulce tormento en el Alcázar de Apolo. Juraron los tres enamorados chapetores

> Por Cristo nuestro señor,
> Con la mano en un misale,
> De resolver en conciencia,
> No decir sino verdade;

y don Juan Gaiferos, presidente del tribunal, con voz solemne, reinando profundo silencio, articuló estas dos palabras; *La bogotana.*

El peruano Medoro Salaberry trató de hablar; mas fué impedido por un vasto murmullo que se levantó de dondequiera; y el presidente don Juan declaró que de ningún modo sufriría se abriese de nuevo á discusión un asunto pasado en autoridad de cosa juzgada; aunque el tribunal tenía algo que decir, y suplicaba, ó mandaba á las partes volviésemos la noche siguiente. Pregunto si faltaríamos! Allí estuvimos; y don Juan, con la misma solemnidad que antes, puesto de pies delante de su plataforma, pronunció esta ligera cláusula: "La mejicana". Respiramos todos: ah, qué ingenio de gachupines! A la tercera noche, mi excelente don Juan, formalísimo, dijo: "La quiteña". A la cuarta, la chilena; á la quinta, la argentina; y de este modo hubo coronas pará todas, pues no paró don Juan hasta no haber coronado á la última. Todas triunfaron, porque es razón que todas triunfen: caballeros bien mirados y corteses tienen palmas para todas las hermosas. Mas nadie negará que Estela Pombo alcanzó la gloria de abrir esa marcha triunfal de mujeres coronadas.

EL SECRETO DEL TRIUNFO

DE LA BOGOTANA

Entre los papeles que han venido para mí por la Mala Inglesa hay un impreso que tiene por título: "Don Juan Montalvo y los *Siete Tratados*". Muchos andan con el mismo nombre; pero ninguno tiene al margen aviso como el siguiente: "El autor de este libelo es el señor.... tal". No hay gusto como el de ahogar una cólera, callar un apelativo y suavizar una contestación: la ira, la venganza son panteras que, saliendo de nuestro pecho, se nos tiran á la garganta y nos dan mala muerte. El odio, el furor del desagravio, la envidia insensata, los celos mortales son fieras: si han nacido á pesar nuestro, matémoslas. La grande la suprema victoria es la que alcanzamos sobre nosotros mismos. Perogrulladas hay que siempre serán más útiles que el mayor descubrimiento en el mundo de la moral y la filosofía. La mansedumbre es una virtud en todos; en el autor de las "Catilinarias" y la "Mercurial", es virtud refinada. A la cólera de Jesús, cuando echa á latigazos del Templo á los mercaderes indignos; á la cólera de san Pablo, á la cólera de san Juan Crisóstomo no renunciaré jamás: el tráfico inicuo, la corrupción de las gentes, las maldades y los abusos de los tiranos requieren furia, santa furia,

en los que profesan servir á Dios con la persecución de los crímenes y vicios. Los agravios personales de los hombres malos, siento que me ofenden menos, que me lastiman poco. No es tarde para ir mejorando: esta bronca naturaleza del hombre nunca deja de requerir pulimento: quiera Dios que el último día de mi vida sea, sino el de un santo, por lo menos el de un filósofo; sino el de san Bruno, por lo menos el de Sócrates. ¡Por lo menos! ¿Hay muerte más sublime, más santa que la de este precursor de Jesucristo? Querer morir como Sócrates sería exceso de ambición: no caigamos en soberbia, cuando estamos procurando merecer la benevolencia de nuestros semejantes por medio de la moderación y el sufrimiento.

El clérigo me llama impío, el demagogo clerical; para el conservador soy rojo, el rojo me echa en cara mi falta de progreso. El espiritista me acusa de inconsecuencia, porque, dice, siendo espiritualista, no creo en los milagros de Suedenborg ni en las apariciones de la Dama Blanca; y príncipe de la Iglesia ha habido que me ha llamado materialista, porque no adoro la materia. De nada me defiendo; pero el mal aconsejado que ha querido presentarme como detractor de las mujeres de una de las ciudades más llenas de méritos de la América Española, ése había de acabar á manos de mis perros, si el transcurso del tiempo no hubiera refrescado mi ira con un baño de paciencia. Calumnia es lo que mancilla la honra: el que yo hubiese extendido por la mesa de Bogotá una enfermedad que reina por desgracia desmedidamente en los países que riega el Magdalena, podrá ser inexactitud, error y tontería; pero calumnia,

¿cómo? Las enfermedades son la herencia del género humano; en lucha con ellas vivimos y de ellas morimos. No, no nos calumnian los que dicen que las padecemos; mas pueden equivocarse los que nos atribuyen las que tal vez no nos afligen. Emiro Kastos tiene su buena parte en mi error, y suya es la culpa: esas matronas que están fumando y silvando en la recámara, mientras las jóvenes están bailando en la sala, en su libro las he visto. Pero eso no es en Bogotá, dice un buen viejo; por consiguiente hay calumnia. *Ese desvío de la naturaleza* puede afear á las viejas de Emiro Kastos; deshonrarlas, no. En mi estudio de "La belleza en el género humano" he sentado el precedente que ha servido al tribunal de españoles para dar á la bogotana la palma de la hermosura. Mi atrevimiento consiste en haber dicho que la decadencia principia á los 25 años, edad florida, juventud madura y sólida, donde las pasiones se agitan en el pecho con toda la fuerza de la esperanza, ó con toda la eficacia de la felicidad. De los 25 á los 30 años puede todavía una mujer ser dechado de hermosura y reinar sobre los corazones: yo estreché demasiadamente el círculo de sus encantos; ¿quién no comete un desacierto en este mundo de disparates y tontadas? Chateaubriand dijo una vez que, en quince minutos que se dejó estar en su balcón en la ciudad de Florencia, vió pasar quince jorobados. Jorobas le produjo esta noticia al señor conde don Francisco; pues le jorobaron los florentinos por activa y por pasiva; le cachiforraron, capearon y fregaron, sin parar hasta no llamarle cojo y contrahecho. No hay error más funesto que el de dirigir palabras malsonantes á cuer-

pos colectivos: todos sienten el agravio y todos acometen á vengarse con más ira que si fuera de insultos personales. "No los embista en masa, señor, me aconsejaba un juicioso amigo mío; váyalos cargando de uno en uno". Sabio es este aviso; pero el espejo de la caballería no averiguaba el número; no quería saber sino dónde estaba el enemigo.

Lamartine, hombre bueno y prudente, salió un día diciendo que la Divina Comedia no era poema, ni Dante Aligheri verdadero poeta, sino más bien teólogo profundo. ¡Fueron pocos en gracia de Dios los italianos que le desafiaron! Injurias de toda clase, defectos corporales de mayor á menor, alusiones á la vida privada, de todo hubo. "¿Has olvidado, le decía uno, tuteándole, que el coronel Pepe te compuso atravesándote el brazo con su espada?" Yo no sé cómo estoy viviendo todavía; ¡haber dicho que las bogotanas son las reinas de las mujeres hasta los 25 años! Estoy viviendo, porque los colombianos son, por la mayor parte, hombres de inteligencia y pundonor que saben muy bien distinguir lo que les perjudica de lo que no importa nada. Si algunas viejas de los pueblos del Magdalena adolecen de *esa imperfección*, en la mesa de Bogotá ella es desconocida, según el rasgo geográfico que ha estampado sin miedo el verde campeón de las hermosas. Él no se expresa de este modo; él dice con mucho desparpajo: "Tal cual vieja cotuda." No tenga cuidado, que Marco Tulio Cicerón le saca sobre sus hombros. Un día que este orador pronunciaba un discurso delante del pueblo romano, Craso, su enemigo, le estaba tomando en contradicciones y dándo matraca *pian pianino*

con sus parciales. Cicerón se vuelve á él, y con la mayor gracia del mundo le dice: "Eh, cotudo, quieto!" Con tan clásica autoridad, *el cavalier servente* de las hijas del Funsa diga *cotudo* cuando quiera, deje hablar al orador, y estése quieto. Como Craso, él ha nacido á orillas del Magdalena.

SANTO VICIO

Joven es la mujer hasta los treinta años bien cumplidos, según ley y pracmática de la reina Margarita de Navarra, quien mandó que las mujeres, de los treinta para adelante, cambiasen en buenas el título de bellas, como dije otra vez. Yo las hice víctimas de un robo de cinco años de belleza, de amor y felicidad, delito de lesa cortesía para el cual no habría hartas llamas en el purgatorio, si no me arrepintiese á tiempo. El que no cae resbala, amigos; ni soy tan vanidoso que vaya á tenerme por hombre que siempre da en el hito.

Así como lo mejor de los dados es no jugarlos, lo mejor de los licores no beberlos, así lo mejor de la pluma es no escribirla. Déjenme pasar esta incorrección los maestros de la lengua castellana, que hoy necesito un modo de decir enérgico, aun fuera de las reglas. No hay cosa mejor para el mareo que el no embarcarse; para no decir disparates no hay cosa como el

no escribir. El que juega ha de perder, el que bebe se ha de emborrachar el que se embarca se ha de marear, y el que escribe ha de desbarrar quiera ó no quiera. Ahora díganme ustedes, ¿conocen jugador de profesión que no haya muerto tirando el hueso? bebedor que no haya echado el alma con el último trago? El escritor de nacimiento es jugador, es borracho condenado irremisiblemente á los placeres y los sinsabores de su vicio. Vicio, ¡pero qué vicio! El vicio del filósofo, el vicio del poeta, el vicio del sabio, el vicio del apóstol, el vicio del patriota, el vicio del civilizador, del propagador de ideas, del campeón de la libertad; santo vicio. Vicio lleno de zozobras, amarguras, peligros, dolores secretos, lágrimas invisibles; pero lleno también de triunfos, satisfacciones profundas, fruiciones íntimas, desconocidas para el vulgo; placeres de la inteligencia, libertinaje casto y sublime del corazón. Déjenme mis dados, déjenme mi copa, déjenme mi pluma, tengo este vicio!

Santo vicio, cuando nace de hambre y sed de moral y se convierte en apetito desordenado de libertad y progreso: santo vicio, cuando se alimenta de sabiduría y brinda por las virtudes: santo vicio, cuando se dispara contra los vicios, y hiere en ellos, y baila sobre ellos hirviendo en cólera divina. Santo vicio, que da muerte á tiranos, falsos profetas, ministros de Dios vendidos á Satanás, y atrae sobre los que lo practican las saetas envenenadas, los tiros aleves de los enemigos de la perfección y el triunfo del espíritu. Santo vicio, ¡oh santo vicio! mata á los enemigos de Dios y de los hombres, y acarrea la muerte sobre el filósofo que mueve tus armas, sobre el sabio, el poeta, el ci-

vilizador, el regenerador, el amigo de sus semejantes.

En los que pervierten, corrompen, niegan la verdad y propagan á sabiendas el error, es vicio nefando el de la pluma. En los que forjan mentiras y las difunden, ordenan calumnias y las echan por los cuatro vientos; en los que hacen por apagar la luz de la razón y enturbiar la fuente de la moral; en los que escriben por envidia, rencor ó interés; en *los que publican libelos infamatorios por dinero* es vicio nefando el de la pluma. La pluma no vendida ni muerta de hambre; la pluma soberbia que se levanta, vuela como el águila y se enciende en el disco del sol; la pluma prepotente que ruge como león y asorda un gran espacio; la pluma que se oscurece, truena y echa rayos; la pluma que se apacigua, se aclara y brilla en el cielo en forma de arco iris; la pluma que predica á lo san Juan Crisóstomo y hace temblar emperadores; que se convierte en culebra bienhechora, y muerde á la iniquidad y la injusticia; la pluma que golpea como catapulta las paredes de la Bastilla y la echa por el suelo; la pluma que se mete entre las carnes de los malvados y les hace dar aullidos; la pluma de Pascal, de La Bruyère, de Molière, es santa pluma; y el vicio de estos enviados de la providencia, santo vicio.

Un día que el Areópago no acertaba á salir de una dificultad, se presentó un hombre y pidió licencia para exponer su modo de pensar á ese respecto. El presidente le mandó que hablase. Sorprendidos los areopagitas, adoptaron la indicación de ese hombre; pero en su ley la atribuyeron á un buen ciudadano que ni sabía lo que estaba sucediendo. Los dioses,

dijeron, no aceptan las ofrendas de los hombres malos. El ateniense que los había sacado del paso era hombre malo y corrompido, que á nada se rehusaba, como el dinero viniera en junta de lo mandado; que echaba mentiras, hacía injurias á los varones más respetables y llevaba adelante una vida odiosa para todos. De este hombre se sirvieron Cricias y Caricles para difamar á Sócrates, y éste mismo era el que daba la voz en el teatro para aplaudir las burlas de Aristófanes al filósofo más santo de la Grecia. El Areópago acogió la indicación, como queda dicho, pero la atribuyó á un ateniense de honradez notoria y fama sin mancilla. Con tan elevado ejemplo, yo me aprovecho de la ocasión que me ofrece un hombre malo, pero la atribuyo á un hombre bueno, de los muchos que hay, sin duda, en la República de Colombia.

Gracias le doy á ese buen señor, y hago saber á hombres y mujeres que en adelante me sabré averiguar mejor con la pluma. Si la convierto en lanzón algunas veces, contra malandrines y follones ha de ser; pero ha de ser asimismo compás de oro con que yo mida delicadamente las prendas físicas y morales de las que tengan merecidos la admiración y el respeto de las gentes. A ésas, yo me les he de ir con una corona; la corona que los hombres de bien labran en el santuario de su pecho para la belleza y la virtud, las cuales, si andan juntas, son el triunfo del género humano.

DEL COTO

La cortesía y la verdad no siempre suelen andar juntas: hacemos á la primera las concesiones que ella suele exigir de los hombres bien criados; mas no podemos negarle sus fueros á la verdad. Yo creo y confieso que el coto es desconocido en la República de Colombia, fuera de las orillas del Magdalena; los viajeros, los observadores, los sabios no son tan condescendientes como yo. Don Francisco José de Caldas, en el Semanario de Nueva Granada, dice: " El coto, la más terrible de las " enfermedades, que, atacando la garganta, a- " taca también las potencias; cuyos efectos " destructores llegan hasta los productos de la " generación; que hace que el padre no se re- " produzca sino en un estúpido ó insensato que " va á perpetuar su raza miserable; esta es- " pantosa enfermedad se ha propagado mara- " villosamente en *el Reino*. En los países ar- " dientes, en los templados y en los fríos hace " progresos rápidos todos los días. Vemos con " el mayor dolor que los jóvenes en quienes la " patria había puesto sus esperanzas, que la " belleza misma se carga más y más de esta " mole que la deforma y degrada, y que los " frutos de sus matrimonios son unos seres inú- " tiles y una carga para el Estado. Tal vez " dentro de diez ó veinte años un tercio, ó la " mitad de la población es de insensatos! Un

"corazón bien formado, un amigo de la patria "se extremece al oir estas palabras. . . . Des- "de la embocadura del Cauca para abajo des- "aparece esta enfermedad: *En las orillas del* "*Cauca no hay cotos.*"

Los hombres científicos que han averiguado las causas de este fenómeno, este privilegio del río Cauca, desde el ilustre químico granadino don Tomás Antonio Quijano hasta el barón de Humboldt, todos están acordes en atribuir la bondad y salubridad de estas aguas á un río pequeño que se descarga en el Cauca, bajando de una altura prodigiosa al norte del volcán de los Coconucos Ese riachuelo se llama *el Vinagre*, con motivo de su extremada acidez. El citado viajero barón de Humboldt analizó sus aguas en 1801: ellas *están saturadas de hierro disuelto por el ácido sulfúrico.* Los estudios de Boussingault han puesto en claro esta materia, y los sabios piensan generalmente que el hierro es el remedio del coto. ¿Han acogido los colombianos de hoy las indicaciones de Quijano, Caldas, Humboldt y Boussingault? ¿Algún médico de corazón y mano bendecidos por Dios ha hallado la fórmula de la salud? No sé; pero sí sé, y doy gracias al cielo, que las predicciones de don Francisco José de Caldas no se han realizado. "Dentro de diez ó de veinte años, dijo éste en 1808, el tercio de la población de la Nueva Granada, ó quizás la mitad, será de insensatos". ¡Qué horrible pronóstico! Hubiera sido mejor predecir el fin del mundo. Esa enfermedad que mina las potencias y echa por tierra la razón, ha dado con un límite providencial, sin duda. Dios ha dicho á la elefancía, Dios ha dicho al coto: "De aquí no pasaréis", y no pasan de

ciertos términos esos enemigos del género humano, porque el que hizo el hombre á su imagen y semejanza, no quiere que su obra sea desfigurada y perdida sin remedio. Si *los progresos rápidos* de ciertas enfermedades fueran siempre adelante en su conquista destructora, pueblos y razas enteras habrían ya desaparecido. La naturaleza tiene leyes ocultas que están protegiendo y salvando perpetuamente á los hombres: si nuestros abusos y nuestros vicios dan nacimiento á males nuevos, muchos desaparecen ó pierden su fuerza, en virtud del prestigio misterioso que sale de la Providencia y vivifica la especie humana. Los colombianos, lejos de ser una muchedumbre de estúpidos é insensatos, como temía y predecía el autor del Semanario, son uno de los pueblos más inteligentes y vigorosos de la raza hispano-americana; y lejos de ir á perpetuarse en una descendencia miserable de ser idiotas y desvalidos, *que son una carga para el Estado*, prolongan su vida en unos muchachos tan vivos, tan fuertes y tan inquietos, que son un continuo peligro para el gobierno.

El anciano imprudente cuyo nombre quiero olvidar, me ha llamado calumniador porque no he dicho ni la sombra de lo que dijo el más sabio de los colombianos; y ha citado á este grande hombre para probar con él que yo he caído en caso de menos valer, con mi falsa noticia sobre *la más horrible de las enfermedades.* No, don Francisco José de Caldas no circunscribe á las orillas del Magdalena el coto, á los países ardientes y los bosques húmedos; lo que dice es que se ha generalizado maravillosamente *en el Reino*; lo que dice es que en los climas cálidos, en los templados y en los fríos

está haciendo progresos rápidos todos los días. En vez de ser pensión de *tal cual vieja* en los pueblos del Magdalena, Caldas, lleno de espanto y dolor, lo está viendo en los jóvenes que son la esperanza de la patria, en la belleza misma. ¿Quién ha llamado calumniador á ese filósofo? ¿cuándo se han escrito libelos infamatorios contra él, por haber hecho esas insinuaciones? Yo soy calumniador, y me lo prueban con citas del autor del Semanario! ¿Hubiera ido á tanto el buen viejo que me insulta, si hubiera compuesto un escrito razonable, autorizado con su nombre? El parecer bueno será ventajoso alguna vez; el serlo verdaderamente es el bien acendrado. Si para nuestras obras de iniquidad nos cubrimos el rostro, nos burlamos de la virtud; pero ni la engañamos ni conquistamos la estimación de los que nos están reconociendo.

No cabe duda en que las aguas malsanas son la causa del coto; malsanas, ya porque contienen materias extrañas á los elementos constitutivos de ellas, ya porque carecen de ciertos principios benéficos que fortifican el estómago y equilibran las funciones del cuerpo. El citado Caldas aconsejaba en Bogotá usar el agua de aljibe, influído por el ejemplo de Cartagena, donde no se bebe otra, y donde no es conocida esa enfermedad. El Magdalena, cargado de vegetales en descomposición, arrastrando en su caudal los deshechos sin nombre de las selvas por donde cruza hasta ir á estrellarse en el Atlántico, puede ocultar en sus entrañas esos venenos que matan la razón y la hermosura. Así el Patías es río funesto; en su agua se bebe la fiebre, se bebe la muerte; y basta que uno se moje los pies en ella, para

que las calenturas le dejen un largo recuerdo de su viaje al través de las selvas que va rompiendo ese temible río. Ahora explicad este fenómeno: á dos pasos del Patías, tan luego como sus aguas amarillentas dejan de manchar las del Telembí, los viajeros empiezan á beber y á lavarse con indecible gusto: el Telembí, no solamente no es malsano, sino también parece que guarda en su seno el secreto de la vida, y que sus ondas cristalinas y puras nos quitan parte de los años nos repulen y embellecen como la fuente de Juvencio. Este río es tan saludable como hermoso: en la confluencia misma del Patías principia sus obras de bien; mas su poder se desvanece al caer en brazos de su tétrico rival, donde pierde hasta su nombre, absorvido en cuerpo y alma por ese monstruo de las selvas.

El Telembí recorre parajes análogos á los del Patías; cruza bosques, va lamiendo orillas de la propia constitución geológica que el otro; ¿de dónde proviene que el uno es río de vida, el otro río de muerte? El Patías nunca es claro; turbio y espeso, va moviéndose como un boa apocalíptico y dando sus vueltas por las regiones silenciosas donde reina como un Aqueronte salido á la luz del día. El Telembí casi siempre está cristalino y puro; en sus aguas no bebemos greda disuelta, y parece que de sus bosques no arrancan ellas sino las sustancias propicias al hombre, como son la humedad ó esencia de la cascarilla, el aroma de las flores silvestres que están colgándose sobre él, y el espíritu de las lianas que entrelazan los árboles de grande altura. Tan vivo es el amor que le tengo á ese río, que, si recibiera yo la comisión de formar un paraíso terrenal, el Te-

lembí lo dividiera en dos mitades. A orillas del Telembí no hay ni fiebres, ni coto, ni mosquitos; el Patías se goza en todo género de plagas y de males. Estos dos ríos son los Genios del bien y del mal en las regiones occidentales mudas y desiertas.

EL OBISPO DE MADRID

Un prelado que cae á las puertas de la catedral herido de muerte por un clérigo, es acontecimiento grave que llama la atención del mundo. Este suceso, tan extraordinario como parece, no es único: lo hemos visto en la capital de Francia, lo hemos visto en otras partes. El arzobispo de París muere á puñaladas en el templo; el obispo de Madrid recibe un balazo en el corazón, y cae en los umbrales del templo. El clérigo Cayetano Galeote ha entrado en competencia con el clérigo Verger: el ilustrísimo Sibour y el ilustrísimo Martínes Izquierdo son dos víctimas de sus muy amados y muy venerados hermanos.

Galeote! qué nombre éste. Uno que se llama Galeote, ¿cómo se hubiera escapado del patíbulo? Galeote es el condenado á galeras; el criminal endurecido y reincidente sobre el cual deja caer su brazo la justicia, al cual abandona la clemencia del rey. No, para este Galeote no habrá un caballero aventurero, y se irá

en su cadena hasta las puertas del otro mundo.

La legislación inglesa no admite circunstancias atenuantes; salva ó condena al reo, según la claridad y la cantidad, digamos así, de la prueba. Sus razones tendrán los legisladores de la Gran Bretaña para este que, en suma, es rigor. La ley, en otras naciones de Europa, es más razonable cuando atenúa ó agrava la pena según las circunstancias en que el crimen ha sido cometido. Traigo aquí este punto de derecho porque si es verdad que el crimen del cura Galeote ha tenido larga meditación, no ha sido perpetrado sino como el último recurso, después de reiteradas advertencias. Dos días antes del suceso de la catedral había escrito al secretario del obispo suplicándole que intercediera por él, que aconsejara y salvara á su señoría. . . . Poco antes había dicho claramente á un sobrino de éste, que estaba resuelto á matarlo, sino le volvía á su gracia, si no le devolvía el pan de que estaba privado. Un buen jurisconsulto puede hacer una defensa elocuente, un *pro Galeote* que alcance de la reina la conmutación de la pena, sino del juez la absolución del reo. Esto no es probable, porque si el hambre, la desesperación, las súplicas y las humillaciones anteriores son circunstancias atenuantes; la jerarquía, la posición de la víctima, la necesidad de un ejemplar están señalando para el garrote á ese desventurado. En el garrote murió el cura Merino. Aun cuando no va poco de un obispo á un monarca, los españoles son hombres severos que suelen gustar de sobresalir por actos resonantes de justicia. Doña Isabel no sucumbió á la puñalada; pero no hubo perdón para el regicida; el obispo de Madrid ha

muerto, y su matador acabará, probablemente, como el clérigo Merino.

Sucesos de este linaje se repiten ya con más frecuencia de lo que conviene á la santidad de la Iglesia y la majestad de la clerecía. El poder casi absoluto de los prelados sobre el clero inferior debe estar templado por la mansedumbre, la cordura. Un obispo, sin recurrir á condescendencias que traigan á menos su autoridad, puede y debe usar de cierta templanza en el mando, de cierta llaneza en el trato con sus inferiores. De otro modo, el orgullo, la dureza de los unos causan el aborrecimiento, la desesperación de los otros, y de este contraste nacen el crimen y la muerte, como acaba de suceder en la capital de España. Las cartas de Cayetano Galeote son humildes al principio, suplicantes. El prelado no oye los ruegos del sacerdote caído en desgracia. Luego se formaliza éste, exige contestación: el prelado permanece sordo. Se exaspera, amenaza el cura: el prelado desprecia las amenazas. Notifica, intima el clérigo, medio loco ya de ira y dolor: el obispo no hace más caso del desesperado que del humilde, del sumiso que del amenazante. El día de la venganza se aproxima, la sangre va á correr sobre ese odio y ese desdén, y el escándalo será el desenlace de esa tragedia urdida y preparada larga y lentamente.

Según la manifestación de dolor oficial que se ha hecho en Madrid, parece que la víctima ha sido hombre de mérito; pues ni los ministros de Estado han dejado de concurrir á los funerales. Y entre el arzobispo de Toledo, los altos dignatarios del Reino, los generales del ejército iban dos hombres agachados, tímidos: eran los dos hermanos del obispo de Ma-

drid, dos campesinos venidos de su provincia para asistir á esas magníficas exequias. El ilustrísimo Martínez Izquierdo fué hombre de humilde cuna: ni en vida ocultó su origen, ni en muerte ha negado á sus hermanos pobres. Si la fortuna tomara siempre á su cargo al talento y las virtudes, hubiera quizá algunos prelados más de los que hay que merecieran los funerales del obispo de Madrid. La bendición de las palmas, el domingo de Ramos, ha sido día de maldición en esa ciudad. La catedral, llena de mujeres y niños, ha resonado en un grito inmenso. Los disparos que estaban quitando la vida al gran sacerdote, herían á un mismo tiempo en la imaginación de ese concurso poco hecho á la serenidad, y el desorden ha sido como de tragedia mayor y más terrible, si cabe. Las palmas, símbolo de paz y vida, se han vuelto banderas de guerra y muerte. El obispo ha precedido seis días á Jesucristo.

SUERTE DE LA LENGUA CASTELLANA EN FRANCIA

Entre los pueblos europeos ninguno tiene menos afición al estudio de las lenguas vivas que el francés. Hay hebraisantes, latinos, helenistas, orientalistas en la Soborna; pero vamos á ver cuántos son los escritores que pue-

den leer cualquier lengua, como sucede con los literatos de las demás naciones? Nosotros mismos, nosotros, los bárbaros del nuevo mundo, leemos á los autores ingleses, en inglés; á los italianos, en italiano. Cuanto á la lengua francesa, la juzgamos cosa propia, la hablamos, la leemos y hasta la escribimos. Los franceses no tienen vergüenza de confesar que no conocen otra lengua que la suya: qué vergüenza han de tener, cuando piensan que en ser franceses hay más de lo necesario para dar la ley al universo? El alemán es cosa de caballos, el inglés de mercachifles, el español de Quijotes, el italiano de maricas. Expresivo dominante es el idioma de Molière; pero en qué les perjudicaría á los que tienen la dicha de poseerlo el ser ingleses en Londres, alemanes en Berlín, españoles en Madrid? No quieren por nada estudiar el castellano; mas lo saben por inspiración y lo escriben de adivinanza en su prurito de citar máximas y refranes de otras lenguas. Preciso es olvidar que hay sobre la tierra cincuenta millones de hombres que hablan español, para ir á estampar en el más popular, el más orgulloso, el más vanidoso de los periódicos de París proverbios castellanos como el siguiente:

Oreilla hija e spirite grando.

Sepan los españoles y los hispano-americanos que ellos tienen este proverbio, y que él quiere decir:

Oreja chiquita, grande talento.

"El Fígaro", el gran Fígaro ha salido ador-

nado el 15 de abril con esa bella, pura y admirable muestra de lengua castellana, autorizada con el nombre de uno de sus más afamados colaboradores, el cronista de la aristocracia parisiense.

Oreilla hija e spirite grando.

Una palabra francesa, mal escrita; *oreille*, oreja. Una española, que nada tiene que hacer con el proverbio; una italiana, mal escrita; *spirite*, que no significa talento. Una *e* sin patria; y un *grando*, que será griego moderno, probablemente. Pero el todo viene á ser proverbio castellano, y de los mejores, á uso de franceses. De dónde habrá sacado ese proverbio el cronista de la aristocracia? Del Marquez de Santillana? de Juan de Mallara? del Comendador Griego? Santo Dios! ésa es la lengua del diablo, quien, según Víctor Hugo, habla un compuesto de latín, español é italiano. Pero el *oreille*, palabra francesa, lo echa todo á perder. Esa lengua no es ni la del diablo; pues será la de todos los diablos, y la española usada por los parisienses.

Quel toupet! dicen ellos mismos de este género de osadías: *quel toupet*, ó qué pechuga! Me había yo de atrever á forjar máximas y refranes de lenguas de las cuales no sé ni una palabra, para que salgan luego en un periódico que es leído en toda Europa?

Oreilla hija e spirite grando.

Las señoritas de Madrid que tienen oreja pequeña pierden la ganga que ofrece este proverbio español, porque no lo entienden; pero

las orejonas han de tener mucho gusto de no entenderlo; y los orejones, también. El proverbio debe de ser verdadero, porque efectivamente, cuando uno tiene palabras con un tonto, lo primero que hace es llamarle orejón. Y como la oreja, en cuanto miembro del cuerpo, no es francesa, inglesa, italiana ni española, ese proverbio no debe de ser español, sino universal. De suerte que venimos á dar en el volapück, cuando pensábamos hallarnos en medio de la lengua castellana.

Los turcos son los que juzgan de la nobleza de los extranjeros por la oreja que tienen presente. Lord Byron dice que á su oreja chiquitita debió las consideraciones excepcionales con que le honró Alí Tebelén, bajá de Janina. Respecto del ingenio no sé si el famoso proverbio contendrá una verdad absoluta.

Nadie dirá, por lo menos, que Francisque Sarcey no es uno de los escritores más ingeniosos y amenos de París; y él mismo nos ha hecho saber el otro día que, cuando en sus viajes no halla sábanas en la posada, se envuelve en sus orejas y duerme perfectamente. Para que vean los orejones y también las orejonas, que no tienen por qué morirse de pena de las orejas que Dios les ha dado. Al contrario, están á pique de pertenecer á la primera nobleza de la Gran Bretaña, y de tener más talento que Sarcey, si son más orejones que el crítico más afamado de estos días; lo cual no es probable.

Sabido es que en las tribus de indios bárbaros de la América del sur la oreja es título de mando; y que los *jefes* son escogidos entre los más orejones, los que pueden usar dos ruedas de molino por aritos. Conque aun por esto los orejones deben dar gracias á Dios de

sus orejas, ya que están en potencia propincua de ser llamados jefes. Y les parece á ustedes moco de pavo esto de no necesitar ni sábanas donde no hay cama, ni encauchado cuando llueve? Lástima que Fulton hubiese aplicado el vapor á la navegación: Francisque Sarcey y los de su gremio hubieran podido navegar á la vela con sus orejas, y superar todo género de temporales, sin más que irse moviendo á un lado y á otro, según la dirección del viento.

El cronista del Fígaro sale mal hasta por esta parte; pues cuando pensó hacer un insigne elogio de la princesa Amelia, dándonos á saber que esa niña de sangre real tiene oreja chiquita, y por consiguiente gran talento, según el proverbio español, resulta que los orejones son dueños del mundo, y las orejonas las reinas de las mujeres.

Oh Corneille, oh Molière, oh Voiture, grandes traductores y enamorados de la lengua de Cervantes, qué diréis de ella y de vuestros compatriotas, cuando veáis el Fígaro, allá en el quinto cielo donde os puso vuestro genio, engalanado con este puro, castizo y verdadero proverbio castellano:

Oreilla hija e spirite grando?

No vayan á pensar en América que la ignorancia de las lenguas extranjeras es absoluta en Francia. Nación tan literata no puede carecer de poliglotos ni de críticos universales. El castellano, lengua europea, lengua oficial en otro tiempo, y la más descuidada hoy día entre los franceses, tiene maestros y conocedores profundos: Morel Fatio, verbigracia, no permitiría que la lengua que más admira y cultiva se

perdiese del todo en su país. Entre los periodistas mismos no ha faltado quien haga notar al admirador de la princesa Amelia que su proverbio español no contiene sino una palabra erpañola. Monsieur Jacques Rolland dice que no hay cosa más fácil que no citar refranes de lenguas que no sabemos. Él sí sabe la nuestra, según el gracioso capeo que le ha dado á su cofrade del Fígaro. Cuando otro famoso escritor parisiense, Carlos Monselet, citó una vez á Rocinante entre las yeguas célebres, claro se está que los franceses del día no son admiradores de Cervantes sino *ex fide alliorum*. ¡ Vaya un escritor satírico, risueño, cervantino que no ha leído el Quijote, á pesar de las ochenta ediciones de este libro que tienen los franceses ! Yo habría querido que Carlos Monselet llamase yegua á Rocinante en presencia de don Quijote, para que este buen caballero se le fuese encima y le hiciese arrepentir de tamaña superchería. Si Rocinante ha sido yegua, no hay razón ninguna para que Bucéfalo ha sido caballo.

EL PINTOR DEL DUQUE DE ALBA

CAPÍTULO PRIMERO

Olivia Campana

El pintor Antonio Moro, á quien Felipe segundo había llamado de Flandes para la obra del Escorial, vió un día en Aranjuez á la hija del conde de Campana; y aunque ésta no pasaba de trece años, se enamoró tan perdidamente de ella, que ya no pudo ver en el universo otro objeto que esa niña, admirable ciertamente en su belleza. Dicen las crónicas que Olivia era de pelo negro y crespo tan abundante, que derramándose al rededor la cubría sin dejar una endija por donde entrepareciese la tez; luego, abriéndose aquella madeja, comparecía una cara iluminada por Dios, como si fuera esa criatura un ser superior á la especie humana. Olivia sonríe más con los ojos que con los labios, esa sonrisa que es una revelación para los que saben escudriñar las regiones del espíritu, metiéndose en el alma de los otros. Sus mejillas son convexas, con dos hoyuelos por los cuales van á arremolinar y perderse los pensamientos de los que la contemplan. Los labios, abultadillos, están reventando en sangre; sangre natural, no esa rubicundez facticia que no hace sino afear más y más á las mujeres que buscan en la superchería la

hermosura que han derrochado ó que les negó la naturaleza.

El pintor quedó fuera de sí; y cuando la vió la miró con tal intensidad, que, la pobre niña, turbada, se puso á corresponderle, como si no hiciera sino pagar una deuda á su destino. El conde de Campana, asustado de la pasión prematura de su hija, le cerró las puertas al pintor; mas viendo que eso nada prestaba, porque el amor es brujo lleno de industria, después de dos años de vigilancia molesta, pidió al rey su amo un destino en el nuevo mundo, y alzó el campo, de contador, recaudador ó corregidor en la ciudad de Méjico, que el empleo del conde no hace al caso para nuestra relación. Hubiera éste hecho matar al atrevido flamenco, según era uso y costumbre en esos buenos tiempos del rey don Felipe; mas ocurría que su majestad tenía declarada afición al pintor; y sobre esta salvaguardia, Antonio Moro iba á dejar su nombre con su genio en la fábrica en que andaba desvelado aquel poderoso monarca. Hacerle dar de puñaladas á las once de la noche en una calle de Madrid, no era ardua empresa para un gran señor como él; disgustar al rey don Felipe segundo, esto sí que era muy ocasionado para cualquiera. El marqués de Posas cae muerto al salir del palacio real; pero sepamos que es don Felipe quien ha mandado asesinarle. Don Juan de Escobedo amanece un día muerto en una calle, y el rey no dice nada, porque de la noche á la mañana no puede olvidar que él mismo ha dado la orden de esa muerte. Matar á Antonlo Moro, el pintor del Escorial, hubiera sido incurrir en pena de la vida; y como el conde de Campana no trataba sino de

salvar á su hija de un matrimonio inconveniente, puso el mar en medio, como queda dicho.

El pintor, de suyo áspero é intratable, se exasperó horriblemente con la ausencia de su novia: lejos de llorar y desahogarse con los dulces ayes del corazón afligido, siempre estaba con cólera. Un día el rey se le llegó por atrás en su taller y le puso la mano en el hombro, según suelen hacer los grandes, cuando quieren dar una prueba de amistad y familiaridad. Antonio Moro, sin volver la vista, levantó la tienta, y zas! le dió tan bonito golpe en los dedos, que el rey se quedó sorprendido y en silencio un buen espacio.

Ni su padre Carlos Quinto le había pegado, ni su maestro de escuela le había hecho oler la palmeta; y he ahí un flamenco gestudo que viene á darle en los dedos con tanta gana, que por un tris no se le quiebra en la mitad. "Da gracias, Antonio, dijo el rey, que no te mando dar garrote en media plaza; pero mañana has de salir de Madrid, so pena de la vida; y ten cuidado con no ponerte jamás delante de mis ojos". "Dispense vuestra majestad, respondió el pintor, que no le había conocido". "Por eso, replicó el rey, sales con vida; si conociéndome y sabiendo quién te hacía el honor de ponerte la mano en el hombro hubieras hecho lo que has hecho, éste era el último de tus días".

Antonio Moro salió al día siguiente para Flandes, llevando en su corazón la imagen de Olivia, y al pecho el retrato que de ella había sacado de memoria; porque se ha de saber que Moro es uno de los grandes é ilustres maestros de la escuela flamenca, y que, como á pintor de nacimiento, la naturaleza se le prestaba con

la prontitud y la gracia con que siempre se rinde al genio. Poco le dolió el separarse de su augusto protector, como quien sabía que Felipe segundo era un puñal afilado que estaba de punta contra la garganta de sus mejores amigos; el alejarse del país donde había conocido á Olivia Campana, del aire que había respirado junto con ella, esto sí le dolió. Olvidar, no le fué posible por de pronto; mas, padeciendo en secreto las penas que acarrean consigo los amantes desgraciados, se puso á trabajar con todas sus potencias en su arte divina. Si al fin y al cabo le volvió la paz al corazón con el olvido, no se sabe; pues Moro no era hombre que fiase sus secretos á nadie, ni se le oyó jamás hacer mención de sus amores. El rey, á un mismo tiempo que le mandaba desterrado de España, le había dado cartas de recomendación para el Gobernador de Flandes. "Aprovecha le decía, en una de ellas, del talento de ese artista, quien, tengo entendido, es para cosas grandes". El duque de Alba, que gobernaba entonces los Países Bajos por el rey de España, acogió en Amberes al pintor de Felipe segundo y le encargó sin pérdida de tiempo una grande obra Fué ésta el cuadro de la Resurrección, en el cual su Excelencia propuso al pintor le pusiese á caballo, tal cual se le había visto en la batalla de Mulberg, pero con aspecto de figura antigua, que pareciese un guerrero de los tiempos de Herodes. Los que viajando por la Bélgica se llegan al convento de los jesuítas de Amberes, sepan que ese caudillo romano que está campando en el cuadro de la *Resurrección*, es el excelentísimo señor don Fernando de Toledo, duque de Alba, gobernador de los Países Bajos.

CAPÍTULO SEGUNDO.

La condesa de Aremberg.

Un día que Antonio Moro entró á visitar la catedral de Amberes, vió llegar una comitiva fúnebre compuesta en su mayor parte de frailes carmelitas, y de muchas lloronas, *plañideras* ó *endechaderas*, como se decía antiguamente, que llenaban con sus lamentaciones ese respetable edificio. El difunto era una mujer, vestida de monja, calada la capilla, pero con el rostro descubierto. Antonio Moro se quedó petrificado; qué había en esa muerta de Olivia Campana? Tirándose á un lado, sacó un retrato del pecho, y se estuvo un gran rato haciendo comparaciones. La muerta manifestaba haber sido persona de unos 35 años de edad: veinte años que no había visto á Olivia y los 15 que ella tuvo cuando se fué, son los 35 de la difunta. "Ella es, decía entre sí el pobre artista; ella es. No, respondía él mismo; no es ella, no puede ser. Olivia no ha vuelto jamás; vive ó ha muerto lejos de mí".

Abrieron una bóveda y descendieron con el cuerpo los religiosos. Cuando éstos hubieron salido, el templo quedó solo. Llegóse Antonio Moro á la puerta de aquel sepulcro y leyó:

Bóveda de los condes de Aremberg.

Ninguna luz le daba esta inscripción. La cara de la difunta le había recordado á Olivia; la bóveda era de la familia de los condes de Aremberg, flamencos. Sin embargo, llevado de la curiosidad, ó ya de un aviso de

su corazón, pidió al sacristán le dejase bajar al subterráneo. "Vaya señor caballero, respondió éste, no sabe que no se permite á cualquier desconocido lo que solicita vuesa merced? Déjese de eso y salga de aquí, que es hora de cerrar la iglesia." Antonio Moro tenía ya encrespada la sangre; ni era hombre á quien se pudiera maltraer, como le estaba haciendo el sacristán. Echó mano á la espada, y dándole un golpe en la cabeza, dijo: "Ahora verás sino te mato, belitre, como no me abras esa puerta y pases delante de mí." El pobre diablo, calladito, más muerto que vivo, abrió y guió á ese huésped tan pronto de manos. El pintor, una vez adentro, leyó en gruesas letras de oro sobre el nicho no cerrado todavía:

OLIVIA CAMPANA,

Condesa de Aremberg.

CAPÍTULO TERCERO

Cuatro ajusticiadas y una salva

Olivia había muerto. Antonio Moro, inconsolable, se encerró en su cuarto y lloró toda la noche; nunca la había olvidado. Después de veinte años de ausencia, la estaba viendo, su imaginación le traslaba á esa casa de Aranjuez, donde su buena ó su mala estrella le puso por delante la dicha y el tormento de su vida. Algunos días después el duque de Alba, en persona, se presentó en su casa. "Antonio, le dijo, vente conmigo que te he menester para un

asunto de mucha consideración; y trae tus pinceles, porque es cosa de tu oficio". "Dispénseme vuexcelencia, respondió el pintor, que hoy no estoy para fiestas: el asunto de más consideración para mí es el quedarme solo en mi cuarto". "Estás loco? replicó el duque; por qué me contestas así? Vamos, á Antonio Moro se le pueden perdonar los arranques de su genio. Eres mi pintor, pintor oficial; te ordeno que me sigas".

Si Antonio Moro era ríspido y terco, el señor duque sabía donde le apretaba el zapato; y á uno que llevaba hasta esa fecha dieziocho mil flamencos ahorcados ó quemados por herejes y desobedientes, se le podía, me parece, seguir cuando él lo mandaba. Le siguió el artista. Cuando llegaron al palacio del gobernador, éste, con mucho secreto, le fué guiando por unos corredores muy largos; pasaron algunas galerías que él, Antonio Moro, nunca había visto, y en una parte solitaria de aquel caserón empezaron á cruzar por unas salas alumbradas apenas por lámparas apagadizas y funestas; porque todo, puertas y ventanas, estaba cubierto con cortinas oscuras.

En un gran aposento de alfombra negra, sobre una plataforma que figura un túmulo se ven cinco sombras, sentada cual en un sillón, negro también, de brazos de oro. "Vas á sacarme el retrato, aunque sea un ligero bosquejo, de estas cinco mujeres, dijo el duque; ahora mismo, para que después los perfecciones. Todas ellas perderán la vida esta noche, como están condenadas al último suplicio por el *Tribunal de Sangre*. Mira, principia por ésta." Y diciendo así, le levantó el velo á la primera, al tiempo que la estancia se ilumina-

bi vivamente. Una señora hermosa, á pesar de ser de alguna edad, dejó ver su semblante de víctima, triste, pero resignada. Como el duque había mandado á su pintor que trajese los utensilios de su profesión, éste, en cuatro pinceladas maestras sacó el retrato de la primera condenada á muerte; pero dejando ver la lástima infinita que en ese instante poseía su alma. "Y qué han hecho estas señoras?" preguntó. "No sabes lo que hacen todos los á quienes castiga la justicia del rey? Han estado conspirando de acuerdo con el príncipe Orange y el conde de Aremberg, á quienes ojalá pudiera yo haber á las manos. Déjate de preguntas, y sigue con la segunda".

Levantó el duque el velo á la segunda víctima, y compareció allí el rostro de una mujer casi niña de unos diez y seis á diez y siete años, tan serena como la otra, y tan resignada á su suerte como ella. El pintor tomó los rasgos principales de su fisonomía, y dijo: "Vuexcelencia va á quitar la vida á todas estas señoras?" "A todas, respondió el duque. Te parece poco el andar en tratos con los herejes y los enemigos del rey? Las he cogido en el convento de San José, en donde, disfrazadas de beatas, tenían el foco de la conspiración".

Antonio Moro, al oir esto, se puso pálido como un difunto. "Qué tienes? preguntó el duque de Alba; por qué te sorprende lo que acabo de decir?" El pintor, sin responder, se quedó cabizbajo, pensativo. Y era que, mientras encerrado en su cuarto había estado llorando á Olivia, una beata de San José había dejado á un criado suyo un papel sin firma donde se le rogaba por lo que tuviera de más sagrado en el mundo acudiera esa noche al

beaterio de San José. Absorbido por su dolor y sus lágrimas, dió poca importancia á la beata y la esquela; mas lo que acababa de exponer el gobernador despertó en su espíritu un vago anuncio de cosa grande y terrible, aun cuando no acertase á definir lo que ello pudiera ser.

" No te embebezcas en tus meditaciones á estas horas, Antonio, volvió á decir el duque de Alba; hoy no se trata sino de hacer lo que te he mandado. Vamos, mira estotra; linda es, y lástima que esté destinada para el verdugo. Pero tendrá el consuelo de acabar á las propias manos que acabó su marido". Efectivamente, fuera de una de las cinco sombras que allí estaban, todas eran bien conocidas para el gobernador, quien había hecho decapitar á sus maridos ó sus padres. La quinta era una mujer extraña para él; alzándole el velo, preguntó al pintor si nunca la había visto. Antonio Moro echó paleta y pincel por el suelo, y saltando como un tigre delante del duque, gritó: " A ésta no! Vuexcelencia puede hacerme degollar; y esto será necesario para que mi mujer suba al patíbulo. Juro por Cristo nuestro señor que antes he de matar á vuexcelencia, he de matar al rey, que permitir que mi mujer acabe á manos del verdugo".

" Ésas tenemos, dijo el gobernador. Oiga, oiga, señor don Antonio, conque nuestras mujercitas andan entre los enemigos de la monarquía, entre los conspiradores contra el rey don Felipe segundo.... Saca el retrato de esta insurgente, ó vive Dios que te hago dar garrote en el patio de mi castillo". El retrato de esta insurgente sacado lo tengo, respondió con gran valor Antonio Moro, y véalo vuexcelencia aquí en mi pecho". Abrióse los vestidos,

y puso á la vista del gobernador asombrado la imagen de esa mujer. " Hermosa es dijo el duque de Alba; la retrataste cuando era niña; esta imagen no representa más de quince años. Pero es ella, sí, ella Y estaba pasando la vista de la mujer al retrato y del retrato á la mujer. Tu mujer amigo Antonio.... Conque tenías mujer, eras casado, y no nos lo habías dicho. Muy bien, muy bien, algo he de conceder á mi pintor. Tu mujer no será ajusticiada públicamente; la haré ahorcar aquí, en esta sala donde nos hallamos, y te ahorrarás la vergüenza de ver su cuerpo en la picota". " Si eso hay, respondió Moro, haga cuenta vuestra excelencia que no tiene pintor, y que el cuadro que me ha mandado hacer se quedará allí inconcluso, pues no he de ir yo á inmortalizar en una de mis mejores obras al matador de mi mujer". "Vamos, Antonio, replicó el gobernador, no te vueles; quién quiere aquí matar á tu mujer? Tu eres muy exaltado. Llévatela contigo; pero el cuadro de la Resurrección.... Ya sabes". " Pierda cuidado vuexcelencia," dijo el pintor; y bajando á la dama de la plataforma, la volvió á cubrir con su velo, saludó al gobernador, y se fué dejándole muy plantado.

Esa misma noche las cuatro señoras, que eran de las familias más nobles del Brabante, fueron ajusticiadas, y sus cuerpos amanecieron al otro día columpiando en cuatro postes en la plaza mayor de Amberes.

CAPÍTULO CUARTO

Los bravos

En tiempo del rey don Felipe segundo, época tan feliz para la cristiandad, era moda y costumbre en todo gran señor tener á su servicio uno ó dos muchachos de esos que se decían *bravos;* gente honradísima que nunca pecaba por carta de menos ni faltaba un punto al compromiso; porque si el pacto era una puñalada en el corazón, en el corazón la daban; si en el cuello, en el cuello había de ser. A los magnates principales, como Antonio Pérez, no le hacían falta seis bravos con quienes despachar á la eternidad á la vuelta de una esquina á sus rivales y enemigos, aun cuando éstos fueran secretarios y confidentes del serenísimo señor don Juan de Austria, hijo de Carlos Quinto.

El útil é importante gremio de los bravos nació y se desenvolvió en la ciudad de Venecia; y como allá por el siglo décimosexto, reinando los dichos señores Carlos Quinto y Felipe segundo, el sol no se ponía en los dominios del rey de España, una buena parte de Italia era perteneciente á ese gran reino. Los bravos de Venecia andaban, pues, trabajando en Nápoles, Milán, los Países Bajos, y hasta en la península ibérica; si bien para ser bravo no era condición indispensable ser veneciano. Pero éstos, como inventores y fundadores de la orden, se llevan la palma, y han pasado á la posteridad, perpetuándose con el nombre de esa amable hija del Adriático.

España nada tiene qu: envidiar á Venecia:

la Cofradía de Monipodio, los Beatos de Cabrilla, los hijos de Écija bastan para su gloria. Pero, como queda dicho, era de tono en los grandes señores tener á su devoción un jefe ó guión de bravos, para los menesteres de los celos y la venganza; que estas nobles pasiones en ningún pecho suelen arder y levantarse más que en el de esos hombres felices que se llaman ricos y potentados.

Antonio Moro le tenía leído y escrito á su amigo y protector don Fernando de Toledo, duque de Alba; se guardó, pues, muy bien de irse á su casa con el hallazgo que había hecho, siendo su vivo anhelo salir de Amberes esa misma noche, si fuese posible. Depositó en una casuca del puerto á la persona á quien acababa de salvar la vida, y se puso á requerir un barco que se diese á la vela para las costas de Francia ó las de la Gran Bretaña. "Se le ofrece algo á vuesa merced, señor caballero?" dijo un gentil mozo que salió de por ahí como á posta junto con otro de su propia calidad. "Sí, hombre, respondió el pintor; deseo embarcarme esta noche. Conoces un buque de cualquier bandera que zarpe de este puerto?" "Ocúpenos vuesa merced en cosa perteneciente á nuestro oficio, respondió el mozo, y no en asuntos de embarcar ni desembarcar. Nosotros somos dos bravos muy leales que servimos á su señoría el conde de Aremberg, con quien puede vuesa merced entenderse en persona, pues mírelo como llega á pedir de boca".

Volvió el pintor la cabeza, y vió un caballero que, espada en mano, se le venía á fondo diciendo: "Traidor! dónde está mi mujer?" Antonio Moro, sin más tiempo que para ponerse en guardia, paró el primer golpe como pudo;

y como era buen esgrimidor, tomó luego la ofensiva, y fué haciendo recular á su adversario. hasta que de un furioso recto le pasó la garganta por encima de la nuez, de tal suerte que la cuchilla salió un jeme por la nuca. Muerto el conde de Aremberg después de un cuarto de hora de pelea, no viendo Antonio Moro á los bravos, tuvo una sospecha horrible, voló á la casa donde había dejado á la condesa, y, oh dolor! la halló estrangulada en medio del cuarto, que acababa de espirar á manos de los bravos de su marido.

Fuera de sí el pintor, levanta el cuerpo caliente todavía: "Olivia, Olivia! dice, estrechándola contra su pecho; vuelve en tí!" Bien muerta estaba la pobre Olivia; mas como la esperanza porfía siempre, el infeliz amante se echa afuera en busea de un médico que pueda salvarla, ó de un sacerdote que pueda absolverla. Con quién pensáis que se encuentra allí de manos á boca? Con el excelentísimo señor don Fernando de Toledo, duque de Alba, gobernador de los Países Bajos, el cual se venía montado en un brioso caballo malagueño, vestido de carmesí con una pluma blanca en el sombrero. "Antonio, dice el duque, dos veces me has engañado: has impedido con un embuste la ejecución de una conspiradora legalmente sentenciada, y has tratado de huir, faltando á tus compromisos. Pero me has hecho el favor de matar á este flamenco enemigo del rey y de la fe, y te perdono la vida. Te encargo sí no olvides el cuadro de la Resurrección. . . ."

El terrible gobernador mandó tirar al río Escalda el cuerpo del conde de Aremberg, y otorgó al pintor la facultad de dar sepultura

á la condesa. Antonio Moro cumplió con este último deber, y se dedicó en medio de sus lágrimas á concluir el cuadro varias veces puesto á un lado, á causa de las guerras y de las vicisitudes de su autor durante mucho tiempo, hasta que al fin le dió la última mano. Bien le salió esto al duque, pues en llegando que llegue su sucesor don Luis de Requesens, ha de atropellar por los monumentos que el orgulloso y vanidoso duque de Alba había hecho erigir en su honor propio. Estatuas, obeliscos, inscripciones, todo quedó arrasado y borrado; el cuadro de la Resurrección, vive y vivirá como una de las obras maestras de la pintura moderna.

Cuando hubo fallecido Antonio Moro, algunos años después que la condesa, se le halló al pecho un relicario que contenía dos imágenes en miniatura; la una, la de la Virgen Santísima; la otra, la de Olivia Campana. Yo soy de parecer que hizo mal en ponerlas juntas; porque si es verdad que Olivia fué buena y virtuosa á pesar del odio que tuvo á su marido, esa última obra de abandonarle abusando de la ausencia, de darse por muerta y de buscar á su antiguo amante, es obra reprobada; y la Virgen Santísima es el símbolo de la virtud sin mancha, que tiene lugar aparte, donde no le llegue ni el aliento del pecado. Religioso de buena fe, y enamorado ferviente, Antonio Moro pensó que podía encerrar en su pecho esas dos deidades, olvidando la distancia que va de lo divino á lo humano. Pero como hay mucho que perdonar á los que han amado mucho, nadie dirá que la Virgen no ha perdonado al pintor esa profanación. Nosotros también le perdonamos; solamente los devotos no

perdonan; ¿qué han de perdonar un pecadillo de amor, cuando no perdonan las virtudes?

CAPÍTULO QUINTO

Cómo había resucitado la difunta

Echarían quizá de ver los lectores una laguna en este relato, por descuido ó por ignorancia del cronista; pues no se sabe cómo la condesa de Aremberg, depositada en las bóvedas de la catedral, se halla después condenada al último suplicio por el Tribunal de Sangre. El caso es muy sencillo aunque extraordinario para histórico. Perseguido de muerte el conde de Aremberg por el duque de Alba, como uno de los barones más influyentes de los Países Bajos y uno de los parciales más activos del príncipe de Orange, andaba salvando la vida con la fuga, y agitando por ciudades y castillos el patriotismo de los flamencos. Para mayor seguridad, el conde había fijado en Alemania la residencia de su esposa; y en esto fincaba el punto de ser desconocida para el gobernador. Casada á viva fuerza por su padre el conde de Campana, con amenaza de encierro perpetuo, no solamente no pudo jamás aficionarse á su marido, pero también le aborreció en secreto como á opresor y tirano, sin haber podido borrar de la memoria los recuerdos de Aranjuez y el amor que había tenido al pintor del Escorial. Viéndose sola, y sabiendo que Antonio Moro estaba en Amberes, se vino muy calladita. Ya para que su marido no la buscase ni persiguiese, ya para escapar del Tribunal de Sangre, se fingió muerta y se hizo deposi-

tar en la bóveda de los condes de Aremberg. Dos de los mismos padres carmelitas que la habían enterrado fueron por la noche á resucitarla; y he aquí cómo el vigilante gobernador la sorprendió en el beaterio de San José, junto con las cuatro damas nobles á quienes hizo colgar en la plaza de Amberes.

EL EMPERADOR DE ALEMANIA

Dicen que este anciano guerrero, cuando desde la cumbre de una colina estaba contemplando la batalla de Sedán, pálido, atento, honró al enemigo con su admiración, y al género humano con las lágrimas que corrían á lo largo de su rostro en medio de la victoria. Las cargas de la caballería francesa le llenaban de asombro. Qué muchachos! decía; qué muchachos tan valientes! Y los valientes caían por centenas á la vista del rey de Prusia, á cuyos pies iba á echarse humilde ese mismo día la espada del emperador de Francia. Los tiempos no le han envanecido, la grandeza no le ha pervertido; y él, que pudiera llevar sus armas al fin del mundo, es la columna de la paz en Europa. Sin el emperador Guillermo, el duro, el inexorable Bismarck habría dejado inútil para muchos años al pueblo francés, privando al universo del impulso que éste le comunica y de la luz que derrama en todas direc-

ciones. Viejo lleno de virtudes, no podía carecer de la que más eleva á los monarcas, que es la magnanimidad. Triunfar de los franceses, fué ya mucho; destruirlos, no ha querido. Y nadie duda de que otra guerra hubiera sido la ruina de los franceses. Bismarck no ha dejado de intentarla; el emperador se ha opuesto, ha desbaratado los planes de su terrible ministro. Más cuerdo que Pirro, él quiere descansar, sin que para esto sea necesario reducir al yugo de su obediencia á todos los pueblos de la tierra; más modesto que Alejandro, no vive suspirando por la conquista de la luna.

Los franceses, que no se consideran todavía capaces de arriesgar con buen éxito el desquite, hacen votos cada día por la vida del emperador de Alemania, porque saben que si el príncipe imperial se deja llevar por *el canciller de fierro*, el augusto difunto no habrá descendido á la sepultura, cuando los cañones de Krupp estarán rodando hacia París. Viva, viva cien años ese viejo sublime, y salve á dos grandes naciones; pues la vencedora, en esta ocasión, no quedaría más bien parada que la vencida. Los franceses han sacado gran provecho de su derrota: han visto lo que les faltaba, han conocido lo que les sobraba. Tascando el freno, sordos á la injuria, han estado estudiando, trabajando. La organización de su ejército es hoy diferente; sus armas están perfectas. Podrán llevar lo peor en otra guerra; pero ésta ya no los tomará descuidados ni ignorantes de sus propios arbitrios. Otra guerra con Alemania será cosa grande; grande y terrible; el emperador lo conoce, y no quiere más triunfos. Qué sería lo que estaba pasando en su pecho, cuando la victoria que se declaraba por él le hacía

derramar lágrimas, no de alegría sino de dolor? Veinte mil franceses amontonados á sus pies, era, en verdad, espectáculo tremendo hasta para el rey de Prusia. Napoleón el Grande estaba también pálido en las batallas; pero para nada tenía menos lágrimas que para los enemigos sobre los cuales iba volando en su feroz caballo; Guillermo, bueno, compasivo, no pudo ver sin lástima esos montones de carne humana, carne viva todavía, nadando en su propia sangre. Napoleón puede infundir más admiración; este anciano coronado infunde más respeto y amor. Si la vejez de un hombre es tan útil á los demás, viva cien años.

Y los está viviendo. Él cree á ojo cerrado en una predicción, según la cual ha de cumplir los noventa: dónde está el astrólogo que le prediga el siglo? Los sabios, los grandes hombres, los soberanos justos y prudentes, deben vivir cien años; los tiranos, los perversos, los inicuos ojalá no hubieran nacido. La desgracia en los ancianos comunica un afecto de tristeza filial y sombrío cariño: nadie puede leer la historia del viejo Príamo sin una secreta simpatía por él y la ciudad de Ilión condenados á la ruina. La felicidad en la vejez, el triunfo y la gloria á los ochenta años; la dicha personal en la familia, los hijos; el amor profundo de un gran pueblo; la admiración y el respeto de las naciones, éstos son los bienes que el cielo tenía reservados á uno de los varones más eminentes de nuestro siglo, y uno de los que más han merecido su suerte por sus méritos y virtudes.

Viajando por las orillas del Rin en 1869, me tocó hallarme en Wiesbaden cuando el rey de Prusia vino á esta ciudad, de Coblenza en don-

de estaba con la reina Augusta. El día que debía llegar fué de gran movimiento: los balcones estaban cubiertos con preciosos receles de terciopelo; arcos de triunfo de flores naturales adornaban la calle por donde debía pasar el soberano; innumerables pabellones con las armas de Prusia flotaban al aire. Haliábamonos á la mesa los extranjeros del Hotel Victoria, cuando el maestresala, asomándose á una de las ventanas del comedor, gritó: El rey! Todo el mundo se tiró á la calle. Un mar de gente venía moviéndose desde una gran distancia. El rey! viva el rey! exclamaban hombres y mujeres. Dentro de quince minutos llegó la carroza del rey sin dragones de á caballo, sin alarbarderos ni maceros, sin precaución ni etiqueta de ninguna clase. Venía el anciano vestido de casaca de paño blanco bordada de oro, descubierto, el casco en la mano saludando al pueblo. La barba cana, el espeso bigote, ese porte marcial de toda su persona infundían respeto verdaderamente, produciendo á un mismo tiempo una como exaltación misteriosa en el ánimo de los circunstantes. La seguridad de los reyes no está en los ejércitos; el amor del pueblo es su verdadera guardia. Después han atentado contra la vida del emperador; pero Dios sabe que no ha sido por odio ni por motivos personales. Los sistemas políticos, las pasiones públicas son como los dioses de los druidas, quieren sangre.

Mil veces había visto yo al emperador de los franceses, ya en la Grande Opera, ya en las carreras de Longchams, y siempre con la más fría indeferencia. La guerra de Crimea, la campaña de Lombardía estaban ya en su favor; mas el porvenir derramaba sobre su frente la

sombra de Sedán, y ese poderoso monarca no acertó jamás á despertar en mí ni admiración ni simpatía. El viejo Guillermo, por un milagro de los tiempos futuros, echaba destellos de gloria y encendía los espíritus. El rey de Prusia estaba en vísperas de ser emperador de Alemania.

DAR BUEN CONSEJO

Un día entró á mi cuarto una señora pariente mía y me presentó un papel. Era una composición poética donde las Musas, en la relación de un festín, estaban tratadas con mucho ingenio y algún exceso de familiaridad. "No permito, dijo la solícita madre, que el muchacho siga este rumbo. Si ha de ser poeta, que lo sea grave, filosófico, distinguido. Démele un consejo como de usted. Es tan fuerte su propensión á la poesía, que de nada hace más caso que de lo que está en verso. Le hemos de hablar en verso, y á mi nombre." Dar buen consejo al que lo ha menester, dije para mí, es una de las obras de misericordia; y como cualquiera puede ser mal poeta, aunque no todos son buenos cristianos, mojé la pluma en la fuente Castalia de mi jardín, y allá van versos do quieren necios. Para no más de cuatro disparates morales, se le hurta á Pope su pluma por un instante, y se le devuelve sin daños ni perjuicios.

Los poetas de nacimiento suelen ser malos prosistas. Lamartine vive por las Meditaciones, las Armonías; vive por "El Lago", "El Aislamiento"; y no existe ya por sus libros en prosa. En ninguna parte ha muerto más que en su país: en Francia nadie lee los Girondinos, y menos esas otras maletas incómodas de que se ha cargado en el viaje de la vida. Lord Byron compuso dos ó tres discursos para el Parlamento: los ingleses se le rieron en las barbas. El noble lord, despechado, salió, se fué, se arrodilló al pie del monte Parnaso, y escribió el *Childe Harold*, poema en el cual se colocó de un salto al frente de los poetas modernos, arracando aplausos frenéticos hasta de sus más encarnizados enemigos y perseguidores. Asimismo los prosistas nc siempre suelen hallarse en disposición de escribir en verso; antes parece cosa tan difícil ésta, que muchos ingenios, grandes y célebres en prosa, vienen á ser tontos de capirote cuando tratan de escribir con medida y consonante. Oradores famosos hay que se han hecho del todo ridículos en un cuarteto de cumpleaños; y no habrá más que enviar un álbum á un hombre de Gobierno, para ponerle á requebrar un cristo. Los madrigales del príncipe de Bismarck, si los compone, valen un poco menos, sin duda, que la unidad alemana. Pero como según don Tomás de Yriarte,

Si querer entender de todo
Es ridícula pretensión,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor,

yo, que no he hecho la unidad alemana, ni pien-

so que llegue al día de hacer la colombiana; pues, díganme ustedes, ¿qué hago por de pronto de don Rafael Núñez y de don Antonio Guzmán Blanco? Yo digo, cuando me ponen entre la espada y la pared, discurro en verso, sin pujar ni sudar una noche entera, para salir con una pata de gallo, como cierto español cuyo nombre está en boca de todos. Emilio Castelar no ha de escribir la *Leyenda de los siglos*; ni yo tampoco. Pero vean las gentes cómo se puede dar gusto á una persona.

Las Musas, hijo mío,
Son genios celestiales que la cumbre
Habitan del Parnaso y con Dios viven
En santas relaciones. Tu desvío
No merece perdón si eres osado
En ruin festejo á chacotear con ellas.
Al silencio las llama y desvelado
En noche casta el corazón ofrece
Sin mal designio á jóvenes tan bellas,
Respetando la aureola
De la inocencia con que allí fulguran.
Sus ojos invisibles
La oscuridad encienden
Y abrasan en el fuego que acrisola
Sin consumir ni resecar las tiernas
Víctimas del amor que en él se prenden.
Amor de la infinita
Belleza, amor sublime
Del universo y la verdad. Presumes
Que hablo de las pasiones
Hermanas de los vicios
Que so pretexto de matar las horas
Sus obras destructoras
Consuman, y en lo llano
Van abriendo sus hoscos precipicios?

Evítalas con noble
Prudencia, y en olvido
Nunca eches que la norma,
De nuestra vida casi siempre han sido
Nuestros primeros pasos. Busca, oh, busca
De las virtudes el feliz comercio,
Y en benéfico roce
Con la esencia divina,
Retempla el alma, el corazón afina.

Virtudes no se llaman
Las prácticas serviles
Del bajo devotismo que el insulso,
El ignorante vulgo toma á pechos.
Virtudes son los hechos
Que comunican honra al extendido
Género humano y que respeto infunden
En los hombres de bien, y á los malvados
Sin luz ni amor de cólera confunden.

Acciones eminentes
De varones perínclitos; constancia
En los grandes propósitos; modestia
En la alta jerarquía son virtudes.
Ahora el valor contra el tirano injusto;
El santo sufrimiento
Donde se rompe la fortuna airada;
La compasión, la abnegación, el noble
Desinterés con que en provecho obramos
De nuestros semejantes, fundamento
No son, y muy robusto,
Del común bienestar? Ni por humildes,
Ni acaso por oscuras
Dejan de ser virtudes
Las intenciones puras
Que concebimos con amor, y en obra
Ponemos siempre con honor. No temas

Hacer el bien porque ignorado quede;
Antes contempla que flaqueza ha sido
De la virtud el procurar olvido
Para sus obras; y cuando esto alcanza,
Allí está satisfecha. Tú eres hijo
De mis entrañas: á tu madre atiende,
Oh tú, mi dulce fruto,
En lo mayor y lo menor, y mira
Que el cielo te defiende
Contra el mundo enemigo
Amor, honor, valor sean tu gloria;
Y muerta yo, bendigas mi memoria:
Si tú sigues á Dios yo te bendigo.

LOS VIOLADORES DE LAS TUMBAS

Los crímenes se dan la mano de un extremo al otro de la tierra, y las pasiones forman una larga cadena que envuelve al género humano. El hombre es inclinado al mal desde que nace, dice la Escritura. El mal es la sombra del hombre, y la desgracia la obra en la cual emplea todas sus fuerzas. Sus lágrimas y su sangre componen el charco donde vive aleteando, hasta el día en que no puede más y se queda muerto. La muerte no le salva todavía; á la sepultura le siguen el odio, la rapacidad ó la concupiscencia, y allí le hacen ver que no vivimos en vano en este mundo. El fatalista alemán que, después de muchos años de olvi-

do ha resucitado con tanto ímpetu para hacer el papel que está haciendo en el campo de la filosofía y la moral, es testigo furibundo contra la naturaleza y la suerte de la especie humana. Hay en el tiempo días lúgubres en que Schopenhauer tiene razón; pero sale el sol de la virtud, se derrama en el universo la luz de la felicidad, y ese filósofo desesperado no es más que un loco que da aullidos en un mundo de tinieblas forjadas por su imaginación y sus dolores.

He oído que la civilización padece males de que están exentos los pueblos jóvenes y principiantes; pero estoy oyendo asimismo de día y de noche las quejas de los pueblos civilizados contra los que ellos califican de bárbaros, y los actos criminales ó brutales que les echan en rostro. Pero como el hombre es inclinado al mal desde que nace, sus hechos certifican en todas partes la unidad de la naturaleza humana: el americano y el europeo, el quiteño y el francés pueden ser hermanos en virtudes, y lo son, ciertamente, en crímenes y vicios. No hacen dos meses á que un acontecimiento horrible en el cementerio de San Ouen llenó de horror la ciudad de París y sirvió de pasto á los periódicos por más de una semana. Y fué que una madrugada halló el sepulturero un cuerpo de mujer joven fuera de la sepultura con señales evidentes de haber sido violada esa noche. Este suceso espantoso, ocurrido punto por punto en ese país de América, me ha servido para mi novelita de "El nuevo monasticón". Pero lo que acaba de suceder en Quito es quizá más extraordinario y aterrante. Don Ignacio Alcázar, persona de viso, como cuñado de don Gabriel García Moreno, había muerto.

Fué enterrado con los aparatos conrrespondientes á su calidad y puesto, y todos, amigos y deudos, le echaron encima su puñado del polvo del olvido. Al día siguiente, el ataúd, roto, estaba fuera de la sepultura, y el cadáver tenía entre sus brazos otro cadáver fuertemente asido. Cómo se explica este misterio? El diario en donde he leído con viva emoción esta aventura de difuntos, no da explicación ninguna, limitándose á suponer que un ladrón nocturno fué aprehendido por el muerto en el acto del robo. Si esta nefanda empresa de un ladrón de cementerios es fundada, don Ignacio Alcázar había sido enterrado vivo; y esto vuelve horriblemente trágico el acontecimiento. Despertado por la manipulación impía de que era objeto, en uno como ensueño pesado, ó en un relámpago de vida delirante, abrió los brazos y apresó al violador de su sepultura. Éste, de sorpresa, de terror, quedó muerto contra el pecho del difunto, el cual volvió á morir, por falta de auxilio humano. Tomando las cosas por el aspecto sobrenatural, si nos suponemos por un instante propensos á caer en hechos que están fuera de las leyes eternas que rigen el universo, ese acto de justicia divina ejecutado por un cadáver, es advertencia saludable que debe enfrenar á los impíos.

Con la ocasión del crimen de San Ouen se ha hecho en París una como estadística de los enfermos que han sido enterrados vivos en los últimos años: el número de estos condenados á la oscuridad y el frío del sepulcro aflige y espanta; son muchos más de lo que buenamente pudiéramos pensar; y los casos que ocurren, las escenas de estos dramas funerarios, son mucho más estremecedores que los fingi-

dos por el ingenio de los poetas trágicos. Ved ahí ese miserable que abre una sepultura, rompe el ataúd que ella contiene, toma la mano del cadáver, y por sacar una joya con que han tenido la impiudencia de enterrarla le corta el dedo con un cuchillo. Esta operación despierta á la enferma, la cual se sienta de súbito y clava los ojos en el sacrílego sin decir palabra. Espantado, fuera de sí, huye el ladrón dando alaridos. No tardó en morir loco, viendo siempre la mirada de la muerta, la cual se levantó y se fué á dar golpes á la puerta de su casa. Este hecho ocurrido en París, tiene su igual en la ciudad de Cuenca de la República del Ecuador; sin más variante que el ladrón, más sereno y hombre de bien, fué quien llevó á su casa á la difunta amortajada; y como á los fuertes golpes que daba á las puertas á media noche preguntasen por la ventana: Quién va? El sepulturero, que era el violador de la sepultura, respondió: La señora á quien enterramos ayer!

Volviendo al señor Alcázar, yo juzgo que no hay hombre tan depravado y mezquino que, por apoderarse de dos ó tres piezas de vestido, vaya á violar una sepultura, profanar un cadáver, y cometer á un mismo tiempo un crimen horrendo y un acto de impiedad inaudita. Denme el perverso, el desnudo, el mendigo que se ponga un pantalón arrancado de un cadáver, sacado de una sepultura! No, ese miserable no existe; y como no somos los incas que se hacían enterrar con muchas prendas de oro y grandes riquezas, no hay quien pueda engañarse respecto de lo que ha de hallar en un ataúd. Como á buen católico, á usanza de esos países, y á la antigua española, el hábito

de San Francisco fué, probablemente, el último lujo de don Ignacio Alcázar. Por robar un hábito de fraile había de haber quien violara todo lo más temible y respetable de este mundo? Si esto no puede ser, ¿quién puso ese cadáver entre sus brazos? Para suponer que sea un acto de odio y venganza, sería preciso olvidar que nadie tiene á su disposición muertos que sirvan para sus burlas del demonio, y que nadie ha de ir á matar un hombre expro fesamente para ponerlo sobre el cadáver del cual se propone hacer escarnio. El misterio suele ser la corona funesta de estos hechos, hasta cuando la verdad cae en manos de la Justicia.

Atadme estos cabos, oh vosotros que invocáis la Providencia á cada paso y la hacéis intervenir en todas las ocurrencias de la vida: El cuerpo de Faustino Rayo, matador de García Moreno, yacía frío de muchas horas en la calle: viene Ignacio Alcázar, apunta á la cabeza del difunto, descarga todo su revólver, y deja á su vez bien castigado al difunto. El pueblo, sabio y temible calificador, le llamó desde ese día *mata-muertos*. De vivo, mató un muerto; de muerto, ha matado un vivo. Él profanó un cadáver; otro ha profanado el suyo. Haga Dios que estos ejemplares nos infundan más piedad para con los difuntos, y más caridad para con los vivientes.

INDICE



